



**Entre la ciencia y el sueño: notas sobre la fortuna de los
cuatro elementos en las letras españolas**

Javier Salazar Rincón

Entre la ciencia y el sueño: notas sobre la fortuna de los cuatro elementos en las letras españolas

Javier Salazar Rincón
UNED La Seu d'Urgell (Lleida)

Un rápido examen de la historia cultural humana nos llevaría a concluir que nuestra fantasía ha vivido subyugada desde sus orígenes por el mundo natural, y en particular por la vida de la tierra, las embestidas del aire, los perfiles de la hoguera y el cristal misterioso de las aguas, y que la imaginación de los poetas ha encontrado en esas cuatro materias el sustrato físico en que fundamentar sus construcciones, como de manera concluyente mostró Gaston Bachelard en sus ensayos relativos a la poética de los elementos, en los que el autor descubre la auténtica base material de cualquier tipo de imagen¹. Pero, mientras que las sugerencias de Gaston Bachelard han tenido un influjo destacado y han creado escuela en diversos ambientes universitarios europeos y norteamericanos², y especialmente en el estudio de la literatura francesa, en la crítica literaria hispánica, aparte de algunas monografías que en su momento citaremos, su repercusión ha sido mucho menor, a pesar del importante filón que nuestras letras

¹ GASTON BACHELARD, *La psychanalyse du feu*, Paris, Gallimard, 1938, y traducción española, *Psicoanálisis del fuego*, Madrid, Alianza Editorial, 1966; *L' eau et les rêves. Essai sur l'imagination de la matière*, Paris, Librairie José Corti, 1942, y traducción española, *El agua y los sueños. Ensayo sobre la imaginación de la materia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978; *L'air et les songes. Essai sur l'imagination du mouvement*, Paris, Librairie José Corti, 1943, y traducción española, *El aire y los sueños. Ensayo sobre la imaginación del movimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982; *La terre et les rêveries de la volonté*, Paris, Librairie José Corti, 1947; *La terre et les rêveries du repos*, Paris, Librairie José Corti, 1948.

² Véanse, entre otros estudios, LORETO CASADO CANDELAS, *Las imágenes elementales en la obra de Julian Gracq* [tesis doctoral], Valladolid, Universidad de Valladolid, 1984; MARLIES KRONER, *The Life Significance of French Baroque Poetry*, New York, Peter Lang, 1988; DANIEL R. MORRIS, *From Heaven to Hell: Imagery of earth, air, water and fire in the novels of George Bernanos*, New York, Peter Lang, 1989; Jonathan FRANCIS KRELL, «*L'Esprit de l'escalier*»: *La symbolique des quatre éléments dans l'oeuvre de Michel Tournier* [tesis doctoral], Charlottesville, University of Virginia, 1990; ANDRÉ GENDRE (ed.), *Ronsard et les éléments. Actes du Colloque tenu les 14 et 15 avril 1989 à la Faculté des Lettres de l'Université de Neuchâtel*, Neuchâtel / Genève, Université de Neuchâtel / Librairie Droz, 1992; HANS ERIK LARSEN, *The Aesthetics of the Elements: Imaginary Morphologies in Texts and Paintings*, Aarhus, Aarhus University Press, 1996; MARCIA-ANNE BELL, *Courting the Elements: Jane Urquhart's Novels and the Material Imagination* [tesis doctoral], Toronto, York University, 1997; A. LOUPIAC, *La poétique des éléments dans la Pharsale de Lucain*, Bruxelles, Société d'Études Latines, 1998. Especialmente útiles son el volumen colectivo preparado por FRANCESCA RIGOTTI y PIERANGELO SCHIERA (eds.), *Aria, terra, acqua, fuoco: I quattro elementi e le loro metafore / Luft, Erde, Wasser, Feuer: Die vier Elemente und ihre Metaphern*, Bologna / Berlin, Il Mulino / Duncker & Humboldt, 1996; y la serie de tres volúmenes dirigida por ANNA-TERESA TYMIENIECKA (ed.), *Poetics of the Elements in the Human Condition. I. The Sea, from Elemental Stirrings to Symbolic Inspiration, Language and Life-Significance in Literary Interpretation and Theory*, Dordrecht, Kluwer, 1985; *Poetics of the Elements in the Human Condition. II. The Airy Elements in the Poetic Imagination: Breath, Breeze, Wind, Tempest, Thunder, Snow, Flame, Fire, Volcano*, Dordrecht, Kluwer, 1988; *Poetics of the Elements in the Human Condition. III. The Elemental Passions of the Soul*, Dordrecht, Kluwer, 1990.

ofrecen para este tipo de estudios³, como nos proponemos demostrar, aunque de forma sucinta y como simple orientación para posteriores investigaciones, en las páginas que siguen, para lo cual, aunque hayamos de apartarnos en un primer momento de la materia propuesta, recordaremos brevemente el origen de algunas de las ideas acerca de la naturaleza que aquí vamos a glosar.

Una observación somera del entorno natural nos lleva a la conclusión de que nuestro mundo se compone de una parte sólida, la tierra; un elemento líquido, el agua; una materia invisible, el aire, que ocupando los espacios vacíos se alza sobre el suelo en que habitamos; y un cuarto ente, luminoso y móvil, el fuego, que no es posible identificar con ninguna de las sustancias citadas, pero que a menudo exhibe ante nosotros sus cualidades destructivas o benéficas. Es fácil comprobar, además, que estas cuatro sustancias elementales están dotadas de un extraordinario poder vivificador, que debió de resultar evidente para el hombre primitivo a la luz de experiencias tan simples como la sed, la respiración, el calor interior de los organismos vivos, la acción del fuego solar, o el crecimiento de las plantas gracias a la conjunción del agua y de la tierra, de todo lo cual pudo deducirse que cada uno de estos elementos es indispensable para sostener la vida, y que los organismos perecen cuando se les priva de calor, aire, agua o alimento sólido.

Como consecuencia de lo dicho, el hombre se ha sentido siempre fascinado por la vida espontánea que nace de la tierra, por la ubicuidad y movilidad de las aguas y del aire, considerados como agentes de la vida, y por la eficacia misteriosa de la llama, seductora y terrible a un mismo tiempo, lo cual explica que estos elementos, como todo lo que fluye o crece, aparezcan divinizados en las religiones primitivas, transformados en símbolos y promotores de vida y fecundidad, y que todos ellos intervengan, en mayor o menor medida, en muchas cosmogonías. Y, en efecto, en las religiones arcaicas, como la que daba culto a Mitra, los dioses estaban en todas partes y todo era objeto del homenaje del hombre: El fuego con que preparaba los alimentos y que le proporcionaba calor, el agua, que extinguía su sed y le limpiaba, el aire que respiraba, y hasta la tierra que pisaba con sus pies, «todo era divino a sus ojos, y toda la naturaleza

³ Aunque planteadas desde la perspectiva de la geografía humana y de la antropología, y alejadas por tanto del terreno de la crítica literaria, deben tenerse en cuenta las aportaciones relativas a la historia cultural de los cuatro elementos reunidas en las actas de sendos congresos celebrados en Granada en la década pasada, y publicadas en forma de libro: JOSÉ ANTONIO GÓNZALEZ ALCANTUD y MANUEL GÓNZALEZ MOLINA (eds.), *La tierra: Mitos, ritos y realidades. Coloquio internacional, Granada, 15 a 18 de abril de 1991*, Barcelona / Granada, Anthropos / Diputación Provincial de Granada, 1992; JOSÉ ANTONIO GÓNZALEZ ALCANTUD y ANTONIO MALPICA CUELLO (eds.), *El agua: Mitos, ritos y realidades. Coloquio internacional, Granada, 23 a 26 de noviembre de 1992*, Barcelona / Granada, Anthropos / Diputación Provincial de Granada, 1995; JOSÉ ANTONIO GÓNZALEZ ALCANTUD y MARÍA JESÚS BUXÓ REY (eds.), *El fuego: Mitos, ritos y realidades. Coloquio internacional, Granada, 1 a 3 de febrero de 1995*, Barcelona / Granada, Anthropos / Diputación Provincial de Granada, 1997; JOSÉ ANTONIO GÓNZALEZ ALCANTUD y CARMELO LISÓN TOLOSANA (eds.), *El aire: Mitos, ritos y realidades. Coloquio internacional, Granada, 5 a 7 de marzo de 1997*, Barcelona / Granada, Anthropos / Diputación Provincial de Granada, 1999.

que le rodeaba despertaba en él un piadoso estremecimiento ante los poderes infinitos que actúan en el universo»⁴. También según la antigua filosofía hindú, el vacío se condensó en éter, y a partir de él se precipitaron el aire, el fuego, el agua y la tierra, por este orden⁵. Bécquer, en una de sus leyendas, recordó que Brahma:

...creó los cuatro elementos, y creó también sus guardianes: Agnis, que es el espíritu de las llamas; Vajous, que aúlla montado en el huracán; Varunas, que se revuelve en los abismos del Océano, y Prithivi, que conoce todas las cavernas subterráneas de los mundos y vive en el seno de la creación⁶.

En el ritual védico, el altar del fuego reproduce la cosmogonía, en la cual también se hallan presentes los otros elementos: el agua en que se amasa la arcilla se asimila al agua primordial, la misma arcilla que sirve de base al altar simboliza la tierra, mientras que las paredes laterales representan la atmósfera⁷. Los antiguos mayas, por su parte, distinguían cuatro dioses, correspondientes a cada uno de los elementos: *Chac*, el rayo, dios del agua, la lluvia y las tempestades; *Kinichkakmoo*, «ojo del sol», dios del fuego; *Kalul*, dios del viento; y *Hunpicctok*, «la de las enaguas de pedernal», diosa de la tierra⁸; y los indios del antiguo México, según recordó fray Toribio de Benavente, «Tenían por dioses al fuego, y al aire, y al agua, y a la tierra, y de éstas sus figuras pintadas; y de muchos de sus demonios tenían rodela y escudos»⁹; aunque, como recordó Fray Bernardino de Sahagún, también anduvieron errados en Europa los antiguos gentiles, los cuales inventaron fábulas ridículas acerca «del sol y de la luna, y de algunas de las estrellas, y del agua, tierra, fuego y aire, y de las criaturas. Y lo que peor es, les atribuyeron divinidad y adoraron, ofrecieron, sacrificaron y acataron como a dioses»¹⁰.

Pero la naturaleza también exhibe ante el hombre un aspecto ambivalente, de manera que, junto al hálito vivificador del aire, hemos de sufrir las iras del viento encolerizado; frente al humus apacible en que nacen las cosechas, los aludes y los temblores de tierra; en lugar del agua dulce de los arroyos y fuentes, la putrefacción de los pantanos, o el efecto devastador de las avenidas y diluvios; y al lado del brillo acogedor del fuego, su terrible actividad devoradora. Por eso, en casi todas las mitologías, los elementos que han participado en la creación y pervivencia del mundo, intervienen de manera decisiva en su propia destrucción, y el universo sucumbe en un cataclismo en que actúan huracanes, diluvios, terremotos, o lluvias de fuego enviadas por los dioses¹¹. Y esa misma faz bifronte de las divinidades y los elementos, la descubrimos, corroborada por

⁴ FRANZ CUMONT, *Die Mysterien des Mythra*, 1903, p. 109; cit. por Carl Gustav JUNG, *Símbolos de transformación*, Barcelona, Paidós, 1983, p. 98.

⁵ JOSEPH CAMPBELL, *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 247.

⁶ GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, «La creación. Poema indio», en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 13ª edic., 1981, p. 305.

⁷ MIRCEA ELIADE, *Lo sagrado y lo profano*, Barcelona, Labor / Punto Omega, 5ª edic., 1983, p. 33.

⁸ FERNANDO ORTIZ, *El huracán. Su mitología y sus símbolos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 270.

⁹ FRAY TORIBIO DE BENAVENTE, MOTOLINÍA, *Memoriales e Historia de los Indios de la Nueva España*, edic. de Fidel de Lejarza, Madrid, Atlas, 1970 (Biblioteca de Autores Españoles, 240), p. 213.

¹⁰ FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN, *Historia general de las cosas de Nueva España*, edic. de Juan Carlos Temprano, Madrid, Historia 16, 1990, 2 vols., vol. II, p. 535.

¹¹ Véase MIRCEA ELIADE, *Mito y realidad*, Barcelona, Labor / Punto Omega, 5ª edic., 1983, pp. 61 y ss.; JOSEPH CAMPBELL, *El héroe*, pp. 238 y ss.; y GERNOT Y HARMUT BÖHME, *Fuego, agua, tierra, aire. Una historia cultural de los elementos*, Barcelona, Herder, 1998, especialmente el capítulo II («Los elementos en el surgimiento y ocaso del mundo»), pp. 31-108.

numerosos ejemplos, en la religión cristiana: de la tierra nace el hombre, y a su seno regresará tras la muerte¹²; el soplo del espíritu divino tiene cualidades vivificadoras¹³, aunque el viento muestre con frecuencia sus efectos destructores¹⁴; el mismo fuego que encarna al Espíritu Santo¹⁵ o a Yavé¹⁶, y arde en el cirio pascual, cae implacable sobre Sodoma y Gomorra¹⁷ y consume para siempre a los condenados del infierno¹⁸; el agua, que purifica el alma neófito en la ceremonia del bautismo, muestra su violencia imparable durante el Diluvio universal¹⁹; y para castigar a los enemigos de Dios y demostrar su poder, los ángeles del *Apocalipsis* derraman sus copas sobre las fuentes indispensables de la vida: tierra, agua, fuego y aire²⁰.

Probablemente fue a partir de las sencillas observaciones que más arriba apuntábamos, como los primeros filósofos griegos llegaron a establecer la hipótesis según la cual el universo, y los cuerpos que lo forman, se han originado a partir de alguna de esas sustancias o principios básicos de que se compone el cosmos²¹. Así, para Tales de Mileto, el agua es el fluido indispensable para conservar la vida, y según la versión que nos transmitió Aristóteles, el filósofo «llegó a esta concepción tras observar que todas las cosas tienen un alimento húmedo», y también porque «todas las simientes son de naturaleza húmeda y el agua es el principio natural de las cosas húmedas»²²; de tal manera que el agua debe ser «el principio y fin de todo», ya que «a partir de ella, por reunión, se forman todas las cosas y, a la inversa, al disolverse, son llevadas nuevamente hacia ella»²³. Anaxímenes, por su parte, según la versión de Aecio, «declaró que el principio de las cosas existentes es el aire, pues de él se generan todas las cosas y en él se disuelven»²⁴. El aire, añadía, «al enrarecerse se convierte en fuego, al condensarse en viento, luego en nube, más condensado aun en agua, tierra y piedra; las demás cosas se producen a partir de éstas»²⁵. Heráclito, en cambio, pensaba que el fundamento material de la existencia era el fuego, del que ha surgido todo y al que todo volverá, de tal manera que «El cosmos, el mismo para todos, ninguno de los dioses ni de los hombres lo ha hecho, sino que existió siempre, existe y existirá en tanto fuego siempre vivo, que se enciende con medida y se apaga con medida»²⁶. A Empédocles, en fin, se le atribuye la doctrina que afirma la existencia de «cuatro elementos –fuego, aire, agua, tierra– y dos fuerzas originarias, Amistad y Odio, una de las cuales es unificadora

¹² *Génesis*, 3, 19, en *Sagrada Biblia*, versión directa de Eloíno Nacar y Alberto Colunga, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 37ª edic., 1985, p. 32.

¹³ *Génesis*, 2, 7, *ibid.*, p. 30.

¹⁴ *Eclesiástico*, 43, 14-22, *ibid.*, pp. 872-873.

¹⁵ *Hechos de los Apóstoles*, 2, 3, *ibid.*, p. 1305.

¹⁶ *Éxodo*, 3, 2, y 19, 18, *ibid.*, pp. 92 y 112.

¹⁷ *Génesis*, 19, 24, *ibid.*, p. 48.

¹⁸ *San Mateo*, 13, 41-42, *ibid.*, p. 1171.

¹⁹ *Génesis*, 7, 17-24, *ibid.*, p. 37.

²⁰ *Apocalipsis*, 16, *ibid.*, p. 1479.

²¹ Para la presencia de las doctrinas relativas a los cuatro elementos en la filosofía occidental, y su desarrollo hasta la actualidad, véase JACQUES LAMINNE, «Les quatre éléments: Le feu, l'air, l'eau, la terre. Histoire d'une hypothèse», *Mémoires Couronnés Publiés par l'Académie Royale de Belgique*, LXV, 1903-1904, pp. 1-194, y GERNOT y HARMUT BÖHME, *Fuego, agua, tierra, aire*, passim. Para Grecia véase también BENJAMIN FARRINGTON, *Ciencia y filosofía en la Antigüedad*, Barcelona, Ariel, 1979, pp. 27 y ss.; y, especialmente, G. S. KIRK y J. E. RAVEN, *Los filósofos presocráticos. Historia crítica con selección de textos*, Madrid, Gredos, 1969.

²² Utilizamos los textos reunidos en *Los filósofos presocráticos*, introducción, traducción y notas de Conrado Eggers y Victoria E. Julià, Madrid, Gredos, 1978, 3 vols., vol. I, p. 67.

²³ *Ibid.*, vol. I, p. 70.

²⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 136.

²⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 134.

²⁶ *Ibid.*, vol. I, pp. 336-337.

y la otra divisiva»²⁷; y también la hipótesis según la cual el cuerpo humano está compuesto de esas mismas sustancias fundamentales, que nuestros sentidos perciben por un principio de semejanza, ya que «por la tierra vemos la tierra, por el agua el agua, por el éter el divino éter, por el fuego el destructivo fuego, el cariño por el cariño, y el odio por el odio funesto»²⁸.

Tales principios acaban consolidándose al ser aceptados por Platón²⁹, quien, al explicar la creación del universo, nos dice que su constructor «lo ha compuesto, en efecto, de todo el fuego, de todo el aire, de toda el agua y de toda la tierra, y no ha dejado fuera del mundo ninguna parte de ningún elemento, como tampoco ninguna cualidad»³⁰. Cada elemento puede además convertirse en otro en virtud de una serie de transformaciones sistemáticas, al entrar en contacto con él³¹, y todos ellos, combinados en distintas proporciones, constituyen la sustancia básica de que están hechos los cuerpos, incluido el hombre³², como tendremos ocasión de volver a ver más adelante.

En fin, la doctrina de los elementos quedará definitivamente consagrada al ser incorporada a la obra de Aristóteles, quien consideraba el cosmos como un compuesto de agua, aire, tierra y fuego, más el éter celeste, situado por encima de ellos³³. Esos cuatro elementos tradicionales en estado puro, se hallan además estratificados en círculos concéntricos, de acuerdo con su peso: en la capa inferior de nuestro mundo se encuentra el elemento más pesado (la tierra), y en la esfera superior el más ligero (el fuego), mientras que en las zonas intermedias se sitúan los de peso relativo mayor (el agua) y menor (el aire)³⁴. Estos mismos principios intervienen en la composición de cada cuerpo³⁵, si bien Aristóteles perfecciona las enseñanzas de Empédocles acudiendo a la doctrina, ya esbozada por Platón³⁶, acerca de las cuatro cualidades (sequedad, humedad, calor y frialdad), de cuya combinación binaria resultan los elementos citados y, por consiguiente, todas las demás sustancias:

Es evidente, entonces, que las parejas de cualidades elementales serán cuatro: caliente y seco, húmedo y caliente, y luego frío y seco, y frío y húmedo. Se atribuyen según un orden lógico a los cuerpos de apariencia simple: fuego, aire, agua y tierra.

En efecto, el fuego es caliente y seco, el aire caliente y húmedo (pues el aire es casi un vapor), el agua fría y húmeda, la tierra fría y seca, con lo cual las diferencias³⁷ se distribuyen racionalmente entre los cuerpos primarios y su número responde a un orden lógico.

²⁷ *Ibid.*, vol. II, p. 175.

²⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 224.

²⁹ Véase JACQUES LAMINÉ, «Les quatre éléments», pp. 20-23; BENJAMIN FARRINGTON, *Ciencia y filosofía*, pp. 102-115; y GERNOT Y HARMUT BÖHME, *Fuego, agua, tierra, aire*, pp. 108 y ss., y 120 y ss.

³⁰ PLATÓN, *Timeo o de la naturaleza*, en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 2ª edic., 1969, p. 1136.

³¹ *Ibid.*, pp. 1152-1153.

³² «Son cuatro los elementos de que se compone nuestro cuerpo: la tierra, el fuego, el agua y el aire» (*ibid.*, p. 1171).

³³ Véase JACQUES LAMINÉ, «Les quatre éléments», pp. 24 y ss.; BENJAMIN FARRINGTON, *Ciencia y filosofía*, p. 121; GERNOT Y HARMUT BÖHME, *Fuego, agua, tierra, aire*, pp. 133 y ss.; y especialmente A. P. BOS, *On the Elements. Aristotle's Early Cosmology*, Assen, Van Gorcum & Comp., 1973, pp. 54 y ss.; JOCKEN ALTHOFF, *Warm, kalt, flüssig und fest bei Aristoteles: Die Elementarqualitäten in den zoologischen Schriften*, Stuttgart, F. Steiner Verlag, 1992; GAD FREUDENTHAL, *Aristotle's Theory of Material Substance: Heat and Pneuma, Form and Soul*, Oxford / New York, Clarendon & Oxford University Press, 1995.

³⁴ JACQUES LAMINÉ, *ibid.*, p. 26; BENJAMIN FARRINGTON, *ibid.*, pp. 120 y 122; y A. P. BOS, *ibid.*, pp. 69 y ss.

³⁵ JACQUES LAMINÉ, *ibid.*, p. 33; A. P. BOS, *ibid.*, pp. 66 y ss., y 108 y ss.

³⁶ PLATÓN, *El Banquete o del amor*, en *Obras completas*, edic. cit., pp. 573-574.

³⁷ ARISTÓTELES, *Acerca de la generación y de la corrupción*, lib. II, cap. 3, introducción, traducción y notas de Ernesto la Croce y Alberto Bernabé Pajares, Madrid, Gredos, 1987, p. 88.

Como consecuencia de ello, la hipótesis de los cuatro elementos tuvo un importante influjo en el desarrollo de la medicina antigua, y a partir de la doctrina hipocrática, fijada en los escritos de Galeno, el organismo humano aparece concebido como un compuesto de cuatro humores, que resultan de la combinación de las cuatro cualidades ya citadas, y que se corresponden a su vez con los elementos que entran en la composición del cosmos: la sangre, caliente y húmeda, posee las propiedades del aire; la cólera, caliente y seca, es el humor equivalente al fuego; la flema, fría y húmeda, corresponde al agua; y la melancolía, fría y seca, es semejante a la tierra³⁸.

Durante los siglos siguientes, desde la literatura latina clásica y cristiana hasta los primeros destellos de la Ilustración, la doctrina de los cuatro elementos será moneda corriente en el pensamiento europeo. Cayo Plinio Segundo, por ejemplo, afirma en el segundo libro de su *Historia Natural*:

Nec de elementis uideo dubitari quattuor esse ea: ignium summum, inde tot stellarum illos conlucentium oculos; proximum spiritus, quem Graeci nostrique eodem vocabulo aëra appellant, uitalem hunc et per cuncta rerum meabilem totoque consortum; huius uis suspensam cum quarto aquarum elemento librari medio spatii tellurem³⁹.

Ovidio, en el libro I de las *Metamorfosis*, recuerda que en un principio no existía más que el Caos, del cual un ser superior separó el fuego, el aire, el agua y la tierra, y los situó en distintos lugares según su mayor o menor peso⁴⁰. Séneca, siguiendo a Aristóteles, admite en *De Ira* que «Nam cum elementa sint quattuor: ignis, aquae, aeris, terrae, potestates pares his sunt, feruida, frigida, arida atque umida: et locorum itaque et animalium et corporum et morum uarietates mixtura elementorum facit»⁴¹; y atribuye a los egipcios la curiosa teoría según la cual cada uno de los elementos tendría un sexo masculino y otro femenino, y por tanto, un cierto aspecto antropomórfico:

³⁸ JACQUES LAMINNE, «Les quatre éléments», pp. 85 y ss.; y GERNOT Y HARMUT BÖHME, *Fuego, agua, tierra, aire*, pp. 195 y ss. Acerca del microcosmos humano, en el que se encuentra reproducido, en pequeña escala, el universo exterior, y sobre la presencia de los cuatro elementos en la composición y funcionamiento de nuestro organismo, véase FRANCISCO RICO, *El pequeño mundo del hombre. Varía fortuna de una idea en las letras españolas*, Madrid, Alianza Editorial, 2ª edic., 1986, pp. 11 y ss., y passim.; y LEONARD BARKAN, *Nature's Work of Art: The Human Body as Image of the World*, New Haven, Yale University Press, 1975.

³⁹ «De los elementos, no veo que se ponga en duda ser cuatro: el más elevado, el aire, de allí todos aquellos ojos brillantes de las estrellas; próximo a él se halla el soplo, al que los griegos y los nuestros, con un mismo vocablo, llamaron aire, principio de vida que penetra todo el universo y se une estrechamente a todo; su fuerza mantiene suspendida a la tierra en medio del espacio, junto con el cuarto elemento de las aguas» (Citamos por la edición francesa, PLINE L'ANCIEN, *Histoire naturelle. Livre II*, texte établi, traduit et commenté par Jean Beaujeau, Paris, Société d'Édition «Les Belles Lettres», 1950, pp. 10-11).

⁴⁰ PUBLIO OVIDIO, *Metamorfosis*, edición y traducción de Antonio Ruiz de Elvira, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Colección de Autores Griegos y Latinos, 1982-1984, 3 vols., vol. I, p. 6.

⁴¹ «Puesto que los elementos son cuatro -fuego, agua, aire, tierra-, les corresponden cuatro cualidades -calor, frío, sequedad y humedad-, y así, la mezcla de estos elementos origina las variedades de lugares, seres vivientes, cuerpos y costumbres» (Citamos por la edición francesa, SÉNÉQUE, *Dialogues. De Ira*, texte établi et traduit par A. Bourguery, Paris, Société d'Édition «Les Belles Lettres», 1961, p. 44).

Aera marem iudicant qua ventus est, feminam qua nebulosus et iners; aquam virilem uocant mare, muliebrem omnem aliam; ignem uocant masculum qua ardet flamma, et feminam qua lucet innoxius tactu; terram fortiorem marem uocant, saxa cautesque, feminae nomen assignant huic tractabili et cultae⁴².

La doctrina según la cual el mundo material se compone de los cuatro elementos ya citados, y nuestro cuerpo de los cuatro humores y cualidades correspondientes a cada uno de ellos, continuó vigente tras la caída de Roma, la división del Imperio y el posterior triunfo y expansión del Islamismo, y fue heredada, difundida y perfeccionada por numerosos pensadores medievales, tanto árabes como cristianos⁴³, aun a sabiendas de que la visión del mundo que tal doctrina encerraba era difícil de compaginar con las enseñanzas del Antiguo Testamento, a pesar de lo cual, al hablar de la creación del mundo, son pocos los que no intentan llevar a cabo una síntesis, en ocasiones artificiosa y forzada, entre la historia narrada en las páginas del *Génesis* y la doctrina tradicional acerca de los elementos. Ya San Agustín, por ejemplo, señalaba que el alma racional es obra de Dios, igual que el resto de la creación, «ut ignis, ut aeris, ut aquae, ut terrae, quo caetera ex his omnibus componerentur»⁴⁴; y el cuerpo humano se halla por consiguiente organizado de acuerdo con esos mismos principios, de tal manera que «oculos ad ignem, aures ad aerem dicant pertinere. Olfaciendi autem gustandique sensum naturae humidae attribuunt [...]. Tactus autem, qui est quintus in sensibus, terreno elemento magis congruit»⁴⁵.

En España, y en el resto de Europa, San Isidoro contribuyó a la difusión de esta doctrina desde las páginas de sus *Etimologías* (XI, 1 y 3)⁴⁶, en que explica que la materia está formada por los elementos, combinados en diversas proporciones, e insiste en la unión íntima de los cuatro y en su versatilidad, ya que cada uno de ellos puede transformarse en otro, como ya indicó Platón y nuestro autor corrobora:

⁴² «Consideran que el aire es macho donde es viento, hembra donde es nebuloso e inerte; llaman viril al agua de mar, femenina a cualquier otra; llaman masculino al fuego donde arde con llama y hembra donde reluce sin causar daño al tacto; a la tierra más resistente le llaman macho: rocas y peñascos; asignan la denominación de hembra a la manejable y cultivada» (SÉNECA, *Cuestiones naturales*, edición y traducción de Carmen Codoñer, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Colección de Autores Griegos y Latinos, 1979, 2 vols., vol. I, p. 128).

⁴³ JACQUES LAMINNE, «Les quatre éléments», pp. 41 y ss. Véase también DANIELLE BUSCHINGER y ANDRE CREPIN (eds.), *Les quatre éléments dans la culture médiévale. Actes du Colloque des 25, 26 et 27 mars 1982*, Göppingen, Université de Picardie, Centre d'Études Médiévales y Kümmerle Verlag, 1983.

⁴⁴ «...como el fuego, el aire, el agua, la tierra, para que de todos estos se formaran los demás» (SAN AGUSTÍN, *De la cantidad del alma*, I, 2, en *Obras*, edición de Fray Balbino Martín, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1951-1959, 18 vols., vol. III, pp. 534-535).

⁴⁵ «...los ojos pertenecen al fuego, los oídos al aire, el sentido del olfato y el del gusto, por su parte, los adscriben a la naturaleza húmeda [...]. Mientras que el tacto, que es el quinto de los sentidos, se acopla mejor al elemento terreno» (SAN AGUSTÍN, *Del Génesis a la letra*, lib. III, cap. 4, en *Obras*, edic. cit., vol. XV, pp. 676-77).

⁴⁶ JACQUES VIRET, «Le quaternaire des éléments et l'harmonie cosmique d'après Isidore de Seville», en DANIELLE BUSCHINGER y ANDRE CREPIN (eds.) *Les quatre éléments dans la culture médiévale*, pp. 7-26.

Nam sic ea [elementa] inter se naturali quadam ratione iuncta dicuntur, [ut] modo originem ab igni repetentes usque ad terram, modo a terra usque ad ignem, ut ignis quidem in aera desinat, aer in aquam densetur, aqua in terram crassescat; rursusque terra diluatur in aquam, aqua rarecat in aera, aer in ignem extenuetur. Quapropter omnia elementa omnibus inese, sed unumquodque eorum ex eo quod amplius habet accepisse vocabulum⁴⁷.

Y otro tanto ocurre con la carne humana, la cual «ex quattuor elementis compacta est. Nam terra in carne est, aer in halitu, humor in sanguine, ignis in calore vitali»⁴⁸.

Santo Tomás, puntualizando la exposición del *Génesis*, también afirma: «corpus humanum est compositum ex quatuor elementis. Non ergo est factum ex limo terrae, sed ex omnibus elementis»; si bien precisa que:

Praeterea, ignis et aer sunt nobiliora corpora quam terra et aqua; quod ex eorum subtilitate apparet. Cum igitur corpus humanum sit dignissimum, magis debuit fieri ex igne et ex aere quam ex limo terrae⁴⁹.

En la obra de Ramon Llull, otro monumento enciclopédico del saber medieval, también se incluye, como era de esperar, la doctrina de los elementos bajo la imagen alegórica del «arbre elemental», en el cual:

Per les branques entenem los quatre elements simples, ço és a saber, lo foc, l'aer, l'aigua e la terra, qui són substàncies de les coses elementades en elles sustentades, e elles són insensibles e incorruptables en quant són simples⁵⁰.

El Canciller de Castilla, don Diego García de Campos, al tratar del microcosmos humano, y siguiendo las doctrinas hipocráticas, explicaba en su *Planeta* (1218) que «omnis homo, qui fabrefactus ad similitudinem machrocosmi, quatuor humores habet pro quatuor elementis. Habet namque pro igne coleram, pro aere sanguinem, pro aqua flemma, pro terra melancoliam»⁵¹. Un tratado titulado *Liber Marii. De elementis*,

⁴⁷ «Se dice que [los elementos] están unidos entre sí por una cierta ligazón natural, hasta el punto de que, si buscamos su origen, partiendo del fuego para llegar a la tierra, o a partir de la tierra hasta llegar al fuego, resulta que el fuego se transforma en aire, el aire se condensa en agua, el agua enriquece la tierra; y, a su vez, la tierra se diluye en agua, el agua se evapora en aire, el aire se debilita hasta convertirse en fuego. En consecuencia, todos los elementos se hallan insertos en todas las cosas, aunque cada una de ellas recibe el nombre del elemento que más abunda en ella» (SAN ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías*, edic. bilingüe de José Oroz Reta y Manuel A. Marcos Casquero, introducción de Manuel C. Díaz y Díaz, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1982, 2 vols., vol. II, pp. 128-129).

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 14-15.

⁴⁹ «El cuerpo humano está compuesto de los cuatro elementos; no sólo del barro de la tierra, sino de todos los elementos [...] Además, el fuego y el aire son cuerpos más nobles que la tierra y el agua, por su sutilidad. Por lo tanto, siendo el cuerpo humano el más digno, debió ser producido del fuego y del aire, más que del lodo de la tierra» (SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, cuest. 91, art. 1, edición de Francisco Barbado Viejo, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1955-1959, 16 vols., vol. III 2º, p. 537).

⁵⁰ RAMON LLULL, *Arbre de ciència*, en *Obres essencials*, Barcelona, Editorial Selecta, 1957, 2 vols., vol. I, p. 557.

⁵¹ «...todo hombre, el cual está fabricado a semejanza del macrocosmos, tiene cuatro humores en lugar de cuatro elementos. Tiene, en efecto, cólera en lugar de fuego, sangre en lugar de aire, flema en lugar de agua, y melancolía en lugar de tierra» (DIEGO GARCÍA, natural de Campos, *Planeta. Obra ascética del siglo XIII*, edición, introducción y notas por el P. Manuel Alonso, Madrid, Consejo Superior

compuesto en la misma época, difundido en Europa y atribuido a un tal Mario, estudiaba en un extenso diálogo la naturaleza de cada elemento, y los modos en que se combinan en partes iguales o desiguales para formar los «compuestos»⁵². El anciano caballero del *Libro del caballero et del escudero*, de don Juan Manuel, explica que «segunt lo poco que yo entiendo, tengo que los elementos son cuatro cuerpos: el fuego, et el aire, et el agua, et la tierra; et que eran más simples al comienzo cuando Dios los crió de cuanto son agora»⁵³; y a continuación añade que así como en el mundo viven «el aire, et el fuego, et el agua, et la tierra, cuatro elementos, así el home ha en sí cuatro humores, que son la sangre, et la cólera, et la flema, et la malenconía», por lo cual, «el home semeja mucho al mundo, porque ha en él todas las cosas, et porque todas las cosas del mundo creó Dios para servicio del home»⁵⁴.

En la centuria siguiente, después de pasar revista a las opiniones de diversos filósofos acerca de los primeros principios, Alfonso de la Torre, en su *Visión delectable*, pone en boca de la Naturaleza la siguiente explicación:

E así como en el hombre hay carne, nervios, huesos et humores diversos, así la esfera del cielo se compone de muchas esferas, et de cuatro elementos en lo que se compone de aquellos; e así como aquí no hay lugar ninguno vacío, mas es todo lleno, así en el mayor mundo es todo lleno, y en el centro de medio es la pella de la tierra, a la cual circunda el agua, et aquélla es circundada del aire y aquél del fuego, y aquélla es circundada del cuerpo quinto, que es el cielo⁵⁵.

El conflicto entre las enseñanzas del *Génesis* y la teoría de los cuatro elementos, y los esfuerzos para armonizarlas, se prolongan hasta dicha época, y en el capítulo primero del *Tratado de astrología*, atribuido al Marqués de Villena, al describir la creación del mundo, se nos dice:

...que si preguntase alguno en el comienzo del mundo dó estavan los cuatro elementos, respondemos que do están agora, puesto que non de aquessa manera quanto a sus conponimientos, ca el señor en el sexto día adornó la tierra de animales e crió al omne a su semejança. En el quinto día fermoseó el agua de peçes e el aire de aves; en el cuarto día fermoseó e conpuso el fuego de strellas fixas o planetas⁵⁶.

Tras lo cual el autor explica que, al crear Dios a los animales y al hombre, lo hizo

de Investigaciones Científicas, Instituto Francisco Suárez, 1943, p. 158. Sobre la relación entre macro y microcosmos en la literatura medieval, véase FRANCISCO RICO, *El pequeño mundo del hombre*, pp. 101 y ss.

⁵² MARIUS, *De Elementis. On the Elements*, a critical edition and translation by Richard C. Dales, Berkeley, University of California Press, 1976.

⁵³ DON JUAN MANUEL, *Libro del caballero et del escudero*, en *Escritores en prosa anteriores al siglo XV*, recogidos e ilustrados por don Pascual de Gayangos, Madrid, Atlas, 1952 (Biblioteca de Autores Españoles, 51), p. 244.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 246.

⁵⁵ ALFONSO DE LA TORRE, *Visión delectable de la filosofía y artes liberales*, en *Curiosidades bibliográficas. Colección escogida de obras raras de amenidad y erudición*, recopilación y edición de Adolfo de Castro, Madrid, Atlas, 1950 (BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES, 36), p. 368.

⁵⁶ *Tratado de astrología*, atribuido a ENRIQUE DE VILLENA, edic. de Pedro M. Catedra e introduc. de Julio Samsó, Madrid, Río Tinto Minera, 1980, p. 72.

mediante la combinación de los elementos, con lo cual aquellos que tomaron mayor cantidad de fuego y aire fueron más ligeros, como las aves, o coléricos como el león, y los que recibieron una mayor porción de tierra o agua, más pesados y flemáticos, como el buey, o más fríos, como el pez; mientras que en el hombre, como ser más perfecto y digno, los elementos están «muy bien igualados e convenidos»⁵⁷. En consecuencia:

...los helementos, dezimos que son quatro: fuego, aire, agua, tierra. Et si pregunta cuál es su substancia, dezimos que de la tierra es sequedat, e de agua frialdat, e de aire humidat, e de fuego calentura. Et si alguno dize dó están estos helementos, dezimos que están en la composición de cualquiera cuerpo natural de los animales pues que es conpuesto de estos quatro helementos⁵⁸.

Todavía Fray Martín de Córdoba, en su *Jardín de nobles doncellas*, al recordar la narración del *Génesis*, nos explica que Dios:

...el tercero día mandó que las aguas que eran so el firmamento, que se retraxesen abaxo en un lugar, e que pareciera la tierra descubierta de ellas; en lo qual fueron apartados e formados los quatro elementos que de antes estavan mezclados con las aguas. Arriba quedó el fuego e el aire, elementos más subtiles; abaxo el agua e la tierra, elementos más gruesos⁵⁹.

En el *Diálogo de Bías contra Fortuna*, del Marqués de Santillana, el filósofo Bías, frente a los bienes pasajeros con que Fortuna le tienta, prefiere la virtud o la sabiduría, y, entre otras cosas, saber cómo la naturaleza, por orden del Creador, mando «que los cielos sus lumbreras / demostrassen», y cómo dispuso los elementos en cuatro esferas concéntricas, según la doctrina tradicional presente ya en Aristóteles:

E que la rueda del fuego
la del ayre resceptasse,
la qual el agua abraçasse,
aquella la tierra luego⁶⁰.

En fin, durante la Edad Media la doctrina de los elementos también dio lugar a curiosos intentos de sentar las bases de una incipiente psicología precientífica, sustentada en la doctrina de los cuatro elementos y los cuatro humores, y de la cual Alfonso Martínez de Toledo ofrece una conocida síntesis en la tercera parte de su libro, dedicada a explicar las «Complisiones de los hombres». Según el autor, el sanguíneo «comprende la correspondencia del ayre, que es húmido e caliente»; los hombres coléricos «son calientes e secos, por quanto el elemento del fuego es su correspondyente, que es calyente e seco»; «Ay otros que son flemáticos, húmidos, fríos de su naturaleza de agua»; y, en fin, a los hombres melancólicos les «corresponde la

⁵⁷ *Ibid.*, p. 73.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 78.

⁵⁹ FRAY MARTÍN DE CÓRDOBA, *Jardín de nobles doncellas*, en *Prosistas castellanos del siglo XV*, vol II, edic. de Fernando Rubio, Madrid, Atlas, 1964 (Biblioteca de Autores Españoles, 171), p. 76.

⁶⁰ MARQUÉS DE SANTILLANA, *Diálogo de Bías contra Fortuna*, en *Poesías completas*, edic. de Manuel Durán, Madrid, Castalia, 1975, 2 vols., vol. II, p. 128.

tierra, que es el cuarto elemento, la qual es fría e seca». Como conclusión, el autor nos dice que los cuatro elementos «corresponden a estas calidades: el fuego al colórico, el agua al flamático, el ayre al sanguino, la tierra al malencónico»⁶¹.

Pero no fue Talavera el único que divulgó tales doctrinas: En su *Vergel de los príncipes*, Rodrigo de Arévalo relaciona las virtudes y vicios de los hombres con las cuatro cualidades elementales citadas, ya que, «segunt dise Aristótiles», «algunos vicios e defectos son en los omes, porque son a ellos inclinados por las primeras cualidades de que todo ome es compuesto, que son caliente e frío, húmedo o seco»⁶², de tal manera que la abundancia de calor cerca del corazón engendra audacia y osadía, mientras que, si predomina la frialdad, el hombre se muestra temeroso y triste; el súbito exceso de sangre trae ira y arrebatamiento, y al contrario, suponemos, y «desta guisa, segunt que los omes son dispuestos en el calor o frialdad, humidat o sequedat, así son dispuestos en algunos vicios e defectos convenientes a las tales qualidades de caliente e frío»⁶³.

Ni siquiera el incipiente espíritu científico del Renacimiento será capaz de suplantar definitivamente a la ya dos veces milenaria hipótesis de los elementos, que sigue siendo aceptada durante los primeros siglos de la Edad Moderna por humanistas, teólogos, científicos y poetas, fascinados por un edificio doctrinal organizado mediante correspondencias exactas entre las substancias constitutivas del cosmos, las cualidades elementales, los humores del cuerpo, e incluso las estaciones del año, y corroborado por la magia del número cuatro y la autoridad indiscutible de grandes pensadores⁶⁴.

Para la filosofía neoplatónica de esta época, el amor es la ley universal a la que nada es ajeno, y los elementos, en consonancia con él, actúan sobre la naturaleza y el hombre como un conjunto de energías imperecederas que Dios puso en movimiento y combinó sabiamente en el momento de la creación, y que constituyen el entorno armónico de nuestra existencia, la cual nació y se sustenta, lo mismo que el universo, de la conjunción de fuego, agua, aire y tierra. León Hebreo, por ejemplo, apuntaba en el segundo de sus *Diálogos de amor*, muy leídos en la España de la época:

Cada uno de los cuatro elementos, es decir, tierra, agua, aire y fuego, ama descansar junto a uno de los otros, mas no junto a todos. La tierra huye del cielo y del fuego y busca el centro, que es lo más alejado del cielo; le gusta estar cerca del agua y del aire, pero debajo y no encima de ellos, pues cuando está encima huye hacia abajo y no descansa hasta haberse alejado lo máximo posible⁶⁵.

⁶¹ ALFONSO MARTÍNEZ DE TOLEDO, *Arcipreste de Talavera o Corbacho*, edic. de Joaquín González Muela, Madrid, Castalia, 1970, p. 181-184.

⁶² RODRIGO DE ARÉVALO, *Vergel de los príncipes*, en *Prosistas castellanos del siglo XV*, vol. I, edic. de Mario Penna, Madrid, Atlas, 1959 (Biblioteca de Autores Españoles, 116), p. 334.

⁶³ *Ibid.*, p. 335.

⁶⁴ JACQUES LAMINÉ, «Les quatre éléments», pp. 120-121; y E. M. W. TYLLARD, *The Elizabethan World Picture*, Harmondsworth (Middlesex), Penguin Books, 1972, pp. 68-73.

⁶⁵ LEÓN HEBREO, *Diálogos de amor*, traducción de David Romano, introducción y notas de Andrés Soria Olmedo, Madrid, Tecnos, 1986, p. 76.

Y unas páginas después, dentro del mismo diálogo:

Los elementos, por ser contrarios, están divididos y separados: el fuego y el aire, calientes y ligeros, buscan lo alto y huyen de lo bajo; la tierra y el agua, fríos y pesados, tienden a lo bajo y se apartan de lo alto. Sin embargo, muchas veces, por intercesión del cielo benigno, merced a su movimiento y a sus rayos, se unen amistosamente, y de tal manera se mezclan, tan amistosamente, que casi alcanzan una unidad de cuerpo uniforme y de uniforme cualidad. Esta amistad es capaz de recibir, por virtud del cielo, otras formas, más excelentes que ninguna de los elementos, en diversos grados, aunque los elementos quedan mezclados en ella materialmente⁶⁶.

La doctrina de los elementos también seguirá vigente en España durante estos años, y para el doctor Francisco de Villalobos, por ejemplo, «los elementos son cuerpos simples, generables y corruptibles, de los cuales dicen los filósofos que se componen todos los otros cuerpos que hay sobre la tierra, y son cuatro, conviene saber, fuego, aire, agua y tierra», y a continuación responde mediante una glosa al interrogante con que se inicia el capítulo:

¿Porque los cuatro elementos
Siendo grandes enemigos,
En un cuerpo están amigos,
Abrazados y contentos?⁶⁷

En la *Silva* de Pedro Mexía, al repasar los descubrimientos de los sabios de la Antigüedad, el autor enumera:

...las causas de las virtudes y fuerzas de las cosas que se llaman elementales (como escaldar y en friar, y humedecer y desecar), las cuales se llaman calidades principales o primeras. Estas tales alcanzaron que les venían de las quatro primeras calidades de los elementos: agua, tierra, ayre y fuego; y las calidades son: frialdad, sequedad, humedad, calor⁶⁸.

Cuando Pérez de Moya explica el significado de la unión de Júpiter y Juno, aclara que «por Iúpiter se entiende el fuego y aire, y por Iuno, agua y tierra, de la conmixtura de las cuales cosas se producen y engendran las cosas, y por esto Iuno es mujer de Iúpiter»⁶⁹. San Juan de la Cruz, en su *Cántico espiritual*:

Llama *bosques* a los elementos, que son tierra, aire, agua y fuego, porque así como amenísimos bosques están poblados de espesas criaturas, a las cuales aquí llama *espesuras* por el grande número y mucha diferencia que hay dellas en cada elemento: en la tierra innumerables variedades de animales y plantas; en el agua innumerables diferencias de peces; y en el aire mucha diversidad de aves,⁷⁰ y el elemento del fuego, que concurre con todos para la animación y conservación dellos.

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 83-84.

⁶⁷ FRANCISCO DE VILLALOBOS, *Libro de los problemas, que trata de cuerpos naturales y morales, y dos diálogos de medicina*, en *Curiosidades bibliográficas*, edic. cit., p. 407.

⁶⁸ PEDRO MEXÍA, *Silva de varia lección*, edición de Antonio Castro, Madrid, Cátedra, 1989, 2 vols., vol. I, p. 799.

⁶⁹ JUAN PÉREZ DE MOYA, *Philosophía secreta de la gentilidad*, edición de Carlos Clavería, Madrid, Cátedra, 1995, p. 155.

⁷⁰ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, en *Obras completas*, edic. de Lucinio Ruano de la

Los médicos y filósofos, por su parte, siguieron aceptando durante largo tiempo los principios consagrados en la doctrina hipocrática, y se sirvieron de ellos para fundamentar su saber rudimentario en el terreno de la fisiología, la anatomía o la psicología: cuatro elementos, cuatro cualidades, cuatro humores, cuatro complexiones e incluso cuatro edades y estaciones, les sirven para explicar tanto los procesos patológicos y sus correspondientes remedios terapéuticos, como los caracteres y las aptitudes temperamentales⁷¹. Así, el padre Juan de Pineda, fascinado como tantos otros por la mágica seducción del cuaternario, afirma «ser cuatro las primeras cualidades: calor, frío, sequedad y humedad», y otros tantos los elementos que de ellas se derivan: «fuego, aire, agua y tierra, de que todo lo corporal generable y corruptible del mundo se compone»; las «edades principales de la vida del hombre» también son cuatro, «infancia, puericia, juventud y vejez»; el año tiene cuatro estaciones, «y los animales cuatro humores: sangre y cólera, flegma y melancolía»; con lo cual:

De los cuaternarios dichos se componen otros cuatro que convienen en unas mismas cualidades. Y el primero es el del verano, aire, sangre, y la infancia del hombre, que son de naturaleza caliente y húmida; y el segundo es del estío, fuego, cólera y puericia, que son de naturaleza caliente y seca; y el tercero es del invierno, agua, flegma y juventud, que son de naturaleza fría y húmida; y el cuarto es del otoño, tierra, melancolía y vejez, que son de naturaleza fría y seca⁷².

Para Fray Luis de Granada, y por lo que respecta a la salud corporal:

...es de saber, que así como nuestros cuerpos están compuestos de cuatro elementos, así tienen las cuatro cualidades dellos: que son frío y calor, humedad y sequedad, a las cuales corresponden los cuatro humores que se hallan en estos cuerpos. Porque a la frialdad corresponde la flema, a la humedad la sangre, al calor la cólera, y a la sequedad la melancolía. Pues como aquel supremo gobernador vio que la salud de nuestros cuerpos consiste en el temperamento y proporción destos cuatro humores, y la enfermedad cuando se destemplan creciendo o menguando los unos sobre los otros, de tal manera ordenó estos cuatro tiempos, que cada uno destos cuatro humores tuviese sus tres meses proporcionados en el año, en que se reformase y rehiciese. Y así para la flema sirven los tres meses del invierno, que son fríos como ella; y para la sangre los tres del verano, que son templados como ella; y para la cólera los tres del estío,⁷³ que son calientes como ella; y para la melancolía los tres del otoño, que son secos como ella lo es⁷⁴.

Y según explica Juan Huarte de San Juan:

...el mismo Aristóteles buscó otra significación de naturaleza, la cual es razón y causa de ser el hombre hábil o inhábil, diciendo que el temperamento de las cuatro calidades primeras –calor, frialdad, humedad y sequedad– se ha de llamar *naturaleza*, porque de ésta nacen todas las habilidades del hombre, todas las virtudes y vicios, y esta gran variedad que vemos de ingenios⁷⁴.

Iglesia, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 11ª edic., 1982, p. 590.

⁷¹ JACQUES LAMINNE, «Les quatre éléments», pp. 95-96; y E. M. W. TYLLARD, *The Elizabethan World Picture*, pp. 73-79.

⁷² JUAN DE PINEDA, *Diálogos familiares de agricultura cristiana*, edición de Juan Meseguer Fernández, Madrid, Atlas, 1963-1964, 5 vols. (BIBLIOTECA de AUTORES ESPAÑOLES, 161-163 y 169-170), vol. I, pp. 39-40.

⁷³ FRAY LUIS DE GRANADA, *Introducción del símbolo de la fe*, parte I, cap. V, en *Obras*, edic. de José Joaquín de Mora, Madrid, Atlas, 1944, 3 vols. (Biblioteca de Autores Españoles, 6, 8, 11), vol. I, p. 197.

⁷⁴ JUAN HUARTE DE SAN JUAN, *Examen de ingenios para las ciencias*, edic. de Esteban Torre, Madrid, Editora Nacional, 1977, pp. 86-87.

Incluso la existencia y funciones del *espíritu*, entendido en el sentido material que antiguamente tuvo la palabra, se explican recurriendo a los argumentos que proporciona la doctrina de los cuatro elementos, por lo que Fernando de Herrera, al comentar el soneto VIII de Garcilaso, nos dice que el *espíritu* es «un cuerpo sutil causado y producido de la más delgada y tenue y apurada parte de la sangre del corazón, y es el que da la virtud y fuerza de la alma a los miembros espirituales para que puedan ejercitar sus propias acciones», y unas líneas después añade que se trata de:

...cuerpo compuesto de los cuatro elementos aunque predomina el fuego, porque es más caliente que otra cosa, y aunque es muy diferente de la sangre, por la raridad y sutilidad de su naturaleza, es con todo de la misma naturaleza de la sangre⁷⁵.

Y al afirmar la supremacía del espíritu y del alma sobre la materia, Fray Luis de Granada recurre a una explicación de tipo materialista inspirada en la doctrina citada, cuando opina que:

Entre los cuatro elementos, el más bajo y más grosero y material es la tierra, considerando lo que ella tiene de su propia cosecha. Después deste elemento tiene el segundo lugar en dignidad el agua, que es la que hace fructificar la tierra; la cual tierra, cuanto es de su naturaleza, es como cal, que es estéril y seca como ella. Pero más perfecto que el agua es el aire con que vivimos y respiramos, y el que acarrea esas mismas aguas de la mar a la tierra, y nos hace otros muchos beneficios, según que arriba declaramos. Mas de la sutileza y eficacia del fuego, que todos experimentamos, no hay que decir.

Como consecuencia de lo dicho, los cuerpos son más nobles cuanto menos participan de la materia de la tierra, y así, los elementos «superiores son más espirituales y más activos, como lo es el agua y el aire, y mucho más el fuego, que es el menos material, y más activo que todos», de lo cual deduce el autor que las cosas de este mundo:

...cuanto ellas son más pesadas y materiales, y más participan de la tierra, tanto son más viles y de menor eficacia; y cuanto más se acercan en su manera a la condición de las cosas espirituales, tanto son más nobles y más eficaces para obrar. Y por aquí entenderemos en alguna manera la dignidad⁷⁶ de nuestras ánimas, las cuales son puramente substancias espirituales, como los ángeles.

A finales del siglo XVI, Giordano Bruno sostiene: «Omnia comprehendo ex unda, terra, aere et igne»⁷⁷; y entre nosotros, ya a principios de la centuria siguiente, Covarrubias explica en su *Tesoro* que elemento «es aquello último en que todas las cosas pueden venir a resolverse, y de donde tomaron principio. Y propiamente hablando

⁷⁵ Garcilaso de la Vega y sus comentaristas. *Obras completas del poeta acompañadas de los textos íntegros de El Brocense, Fernando de Herrera, Tamayo de Vargas y Azara*, edic. de Antonio Gallego Morell, Madrid, Gredos, 2ª edic., 1972, p. 335.

⁷⁶ FRAY LUIS DE GRANADA, *Introducción del símbolo de la fe*, parte I, cap. 27, en *Obras*, edic. cit., pp. 254-255.

⁷⁷ GIORDANO BRUNO, *De inmensis et innumerabilibus*, Francfort, 1591, lib. V, cap. I, en *Opera latine conscripta*, edición de F. Fiorentino y otros, Neapoli, Dom. Morano Editore, 1879-1891, y reproducción facsímil, Stuttgart, Friedrich Frommann Verlag, 1962, 8 vols. vol. II, p. 112.

son quatro los elementos: fuego, ayre, agua y tierra»⁷⁸. E incluso un tratadista político como Lope de Deza, al analizar en 1618 las causas de la carestía y falta de labradores de España, argumenta que:

Para satisfacer a los que falsamente atribuyen la esterilidad de España al cansancio y debilidad de la tierra, es necesario saber que la tierra es uno de los cuatro elementos o principios de que se componen y mezclan todas las cosas corpóreas sublunares, para lo cual se hizo la Agricultura, en la que está librado el sustento de los vivientes, y siendo elemento o principio⁷⁹, ni se puede cansar, ni faltar, ni disminuirse según la virtud natural que su Creador la infundió⁸⁰.

Pero la reflexión en torno a los elementos, y su presencia en las letras, rebasó ampliamente el ámbito de los libros doctrinales y la indagación científica, y en los siglos XVI y XVII alcanzó a todos los géneros, desde los tratados religiosos y la poesía lírica hasta las distintas variedades de la producción dramática surgida en aquellos años. Así, los cuatro elementos, incorporados a veces en forzadas amalgamas a las enseñanzas de la Biblia, igual que ocurrió en los tratadistas medievales, suelen formar parte de las descripciones de la creación presentes en poemas, piezas religiosas o tratados, como la que encontramos en el «Aucto de la prevaricación de nuestro padre Adán» del *Códice de Autos viejos*, en que los primeros padres alaban la providencia divina, y en concreto, el hecho de que Dios pusiera los cuatro elementos al servicio de sus criaturas, de manera que:

el fuego nos tiempla el frío,
el aire defiende el fuego,
el agua con su rocío
a la sed quita su brío,
la tierra nos da sosiego⁸⁰.

El capitán Francisco de Aldana, que en uno de sus sonetos da gracias a Dios por las maravillas que ha creado para entregarlas al hombre —«sol, luna, fuego, aire, agua y tierra»⁸¹—, también celebra en unas octavas la providencia de Dios, gracias a la cual «la tierra, el agua, el aire, el fuego, el cielo, / y la luna y el sol, con su presencia, / de Dios tomaron ser y el ser mantienen»⁸²; mientras que en el día de Juicio, como en los relatos bíblicos:

la tierra allá en el centro está temblando,

⁷⁸ SEBASTIÁN DE COVARRUBIAS, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, Madrid, Turner, 1979, p. 502. En sus *Emblemas morales*, recordando la transmutación de un elemento en otro y la armonía que se establece entre ellos, el mismo autor escribe: «El cielo, el fuego, el aire, el agua y tierra / Y éste todo, de quanto está criado, / Amor lo rige, amor lo abre, y cierra, / En un vínculo dulce, encadenado, / Y quando uno a otro haze guerra, / Queda el vencido siempre mejorado; / Pues el uno en el otro se convierte, / Sacando vida, de la mesma muerte» (SEBASTIÁN DE COVARRUBIAS, *Emblemas morales*, Madrid, 1610, y edición facsímil a cargo de Carmen Bravo Villasante, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1978, p. 45).

⁷⁹ LOPE DE DEZA, *Gobierno político de agricultura*, edic. de Ángel García Sanz, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Antoni Bosch e Instituto de Estudios Fiscales, 1991, p. 41.

⁸⁰ *Códice de autos viejos. Selección*, edic. de Miguel Ángel Pérez Priego, Madrid, Castalia, 1988, p. 148.

⁸¹ FRANCISCO DE ALDANA, *Poesía*, edic. de Rosa Navarro Durán, Barcelona, Planeta, 1994, p. 27.

⁸² FRANCISCO DE ALDANA, «Trece octavas sobre la creación del mundo», *ibid.*, p. 75.

el agua en llanto va confuso y ciego,
el aire entre las cuevas suspirando,
casi a sí mismo arder se muestra el fuego⁸³.

Fray Luis de Granada, que en su *Introducción al símbolo de la fe* dedica sendos apartados a los cuatro elementos, nos dice que en este mundo todas las cosas fueron creadas teniendo en cuenta el «uso y necesidades de la vida humana»:

Y así como en cualquier oficina ha de haber dos cosas, conviene a saber, materia de que se hagan las cosas, y oficial que les haga y introduzca la forma en la materia, como lo hace el carpintero y cualquier otro oficial, así proveyó el Criador que en esta grande oficina del mundo hubiese estas dos cosas, que son materia de que las cosas se hiciesen, y oficiales que las hiciesen. La materia de que todas las cosas se hacen son los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego.⁸⁴ Los oficiales que desta materia fabrican todas las cosas, son los cielos con sus planetas y estrellas⁸⁴.

En una loa de Sor Juana Inés de la Cruz, interviene la Naturaleza, la cual, como causa segunda puesta al servicio de la Providencia, es la responsable de que:

todo esté con tal mensura,
todo con tal orden sea
que, ni al mar crezca una gota,
ni mengüe un punto la tierra,
ni al aire un átomo falte,
ni al fuego sobre centella;
sino que con tal concierto
eslabonados se vean,
que, con esférica forma,
a la tierra el mar rodea,
al agua el aire circunde
y al aire el fuego contenga,
haciendo sus cualidades
ya hermanadas y ya opuestas,
un círculo tan perfecto,
tan misteriosa cadena,
que a faltar un eslabón
de su circular belleza
todo acabara, y el orden
universal pereciera⁸⁵.

⁸³ FRANCISCO DE ALDANA, «Octavas sobre el juicio final», *ibid.*, p. 79.

⁸⁴ FRAY LUIS DE GRANADA, *Introducción del símbolo de la fe*, parte I, cap. 4, en *Obras*, edic. cit., p. 195. Y en el capítulo VI de la primera parte, dedicado exclusivamente a los elementos, el autor señala: «Mas ya es tiempo que descendamos del cielo a este mundo más bajo, donde residen los cuatro elementos, que son tierra, agua, aire y fuego, los cuales, como ya dijimos, son la materia en que los cielos emplean la eficacia de su virtud, obrando en ellos, y engendrando y componiendo dellos todas las cosas corporales. Donde primero se nos ofrece el lugar y el sitio en que el Criador los asentó por tal orden y compás que, siendo entre sí contrarios, tengan paz y concordia; y no sólo no perturben el mundo, mas antes lo conserven y sustenten. Para esto ordenó él que cada uno de los elementos tuviese una cualidad conforme a la de su vecino, y con este linaje de alianza y parentesco puso paz y concordia entre ellos. Porque la tierra, que es el más bajo de los elementos, es seca y fría, y el agua es fría y húmida, y el aire es húmido y caliente, y el fuego es caliente y seco, y desta manera se traban y dan la mano unos elementos a otros, y hacen una como danza de espadas, continuándose amigablemente por esta forma los unos con los otros» (*ibid.*, p. 199).

⁸⁵ SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, *Inundación Castálida*, edic. de Georgina Sabat de Rivers, Madrid, Castalia, 1982, pp. 231-232.

También Lope recurre a la doctrina clásica de los elementos en un romance incluido en sus *Rimas*, dedicado a la creación del mundo, en el cual sigue de manera fiel el relato bíblico para referirse al Creador, «que bordó el cielo de estrellas, / la tierra esmaltó de flores, / el aire de varias aves, / el mar de peces disformes»⁸⁶. En el soneto IX de la *Rimas sacras*, en cambio, el papel de Dios como hacedor nos recuerda más bien al de los demiurgos y fuerzas primordiales de los primitivos pensadores griegos: «Puso ley a las aguas conveniente, / la tierra descubrió, dio al aire esfera, / y al fuego duración sin combustible»⁸⁷. En uno de los sonetos incluidos en *La Circe*, la luz divina desciende sobre el mundo, y:

A la materia corporal visible
da vida y movimiento, el sol enciende,
conserva el fuego, el aire, el agua extiende,⁸⁸
la tierra viste amena y apacible .

Y para Miguel de Barrios, ya en la segunda mitad de la centuria:

De cielo, fuego y aire, de agua y tierra,
consta el teatro en donde con voz santa
la paz discorde de concorde guerra
del infinito Autor las glorias canta.
Responde al cielo que su amor encierra
y el cielo al elemento en que levanta
el menor mundo al Rey divino el vuelo⁸⁹
de tierra, de agua, de aire, fuego y cielo .

Gracián, sin embargo, intentará ir más allá, y nos explica que los elementos no son bienes raíces que posea el hombre y que estén a su servicio, sino que le vienen de prestado, ya que el verdadero bien no es material, sino parte de su espíritu:

Componían al hombre todas las demás criaturas tributándole perfecciones, pero de prestado; iban a porfía amontonando bienes sobre él, mas todos al quitar: el cielo le dio la alma, la tierra el cuerpo, el fuego el calor, el agua los humores, el aire la respiración, las estrellas ojos, el sol cara, la fortuna haberes, la fama honores, el tiempo edades, el mundo casa, los amigos compañía, los padres naturaleza y los maestros la sabiduría. Mas viendo él que todos eran bienes muebles, no raíces, prestados todos y al quitar, dicen que preguntó:

—Pues, ¿qué será mío? Si todo es de prestado, ¿qué me quedará?

Respondieronle que la virtud. Ésa es bien propio del hombre, nadie se la puede repetir. Todo es nada sin ella y ella lo es todo; los demás bienes son de burlas, ella sola es de veras⁹⁰.

⁸⁶ LOPE DE VEGA, *Obras poéticas*, edic. de José Manuel Blecua, Barcelona, Planeta, 1983, p. 213.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 320.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 1289. Véase el comentario de éste y de algunos de los siguientes textos en FRANCISCO RICO, *El pequeño mundo del hombre*, pp. 215 y ss.

⁸⁹ MIGUEL DE BARRIOS, *Imperio de Dios en el teatro universal*, en KENNETH R. SCHOLBERG (ed.), *La poesía religiosa de Miguel de Barrios*, Madrid, Edhigard y Ohio State University Press, 1962, p. 221.

⁹⁰ BALTASAR GRACIÁN, *El Criticón*, segunda parte, crisis séptima, edic. de Evaristo Correa Calderón, Madrid, Espasa-Calpe, Colección Clásicos Castellanos, 1971, 3 vols., vol. II, p. 161.

De otro lado, el agua, el viento, la tierra arenosa, son símbolos muy comunes de lo pasajero e inestable, incluso en la lengua hablada, y frecuente su presencia con dicho significado en la expresión literaria en la época del Renacimiento y el Barroco: Jacopo Sannazaro ya utiliza los cuatro elementos como símil para describir lo inestable del corazón femenino⁹¹, y Hurtado de Mendoza lo aprovecha en la composición titulada «Soneto aplicando la condición de la mujer a los cuatro elementos», en que la inestabilidad de la naturaleza sirve como término de comparación para tratar dicho tópico, y en cuyos cuartetos:

Quien su felicidad pone en el viento
a grande sobresalto se condena
y aquel que edificare sobre arena
hará flaco edificio en tal cimiento.
Quien fia al fuego y grande encendido
la seca estopa, vaya con su pena,
y aquel que del raudal su curso enfrena⁹²
podrá poco durar su loco intento⁹².

Los mismos términos empleaba Pedro de Padilla para explicarnos la imposibilidad de ablandar el corazón de la amada, en un soneto que incluyó en sus *Églogas pastoriles* (Sevilla, 1582), y en cuyos versos:

Yo fundo en el arena, abrazo el viento,
escribo en agua, y de la luz del cielo
privar procuro de ordinario el suelo
siempre que aliviar pienso mi tormento.
.....
Y entemecer con ruegos una fiera
cuando de Silvia el corazón de acero⁹³
procuro que se ablande con mi llanto⁹³.

En el soneto 132 de sus *Rimas*, también aprovecha Lope la imagen de los elementos como ejemplo de lo peligroso e inestable, con el fin de recordarnos la poca fiabilidad que ofrece el alma de la mujer, y para advertir a «quien pone su esperanza en mujer flaca», que:

Al viento se encomienda, al mar se entrega,
conjura un áspid, ablandar procura
con tiernos ruegos una peña dura⁹⁴
o las rocas del mar donde navega⁹⁴.

⁹¹ «En las olas abre surcos y en las arenas siembra, y espera recoger con redes el vago viento, quien funda sus esperanzas en un corazón de mujer» (JACOPO SANNAZARO, *Arcadia*, edic. de Francesco Tateo, traduc. de Julio Martínez Mesanza, Madrid, Cátedra 1993, p. 141).

⁹² DIEGO HURTADO DE MENDOZA, *Poesía completa*, edic. de José Ignacio Díez Fernández, Barcelona, Planeta, 1989, pp. 382-383.

⁹³ *Poesía de la Edad de Oro. I. Renacimiento*, edic. de José Manuel Blecua, Madrid, Castalia, 3ª edic., 1986, p. 417.

⁹⁴ LOPE DE VEGA, en *Obras poéticas*, edic. cit., pp. 101-102.

En fin, los mitos de Fénix y Faetón, a los que Villamediana, igual que algunos de sus contemporáneos, dedicó sendos poemas, sugieren un predominio en su obra de los mitos y símbolos del fuego. Sin embargo, los sonetos dedicados a las ruinas⁹⁵, o a la mujer, inconstante y frágil⁹⁶, suponen la presencia de los otros elementos –tierra, viento y agua–, utilizados para recordar al hombre lo inconsistente y fugaz de su existencia, y la necesidad de alcanzar el Desengaño⁹⁷.

Junto a la idea de la inestabilidad, los cuatro elementos, enfrentados entre sí o conjurados contra el ser humano, aparecen por doquier para expresar la violencia con que actúa la naturaleza, y su aparente enemistad con el hombre, en textos en que también suele estar presente de manera explícita, o como simple transfondo, el tópico de una Fortuna adversa y caprichosa, que pone los cuatro elementos a su servicio, y zarandea a los hombres como frágiles juguetes. Ya en los albores del Renacimiento, Fernando de Rojas nos explica, parafraseando el *De remediis utriusque fortunae* de Petrarca, que el mundo es una constante batalla en que «los adversos elementos unos con otros rompen pelea, tremen las tierras, ondean los mares, el ayre se sacude, suenan las llamas, los vientos entre sí traen perpetua guerra»⁹⁸. En «O salmo de *Miserere mei, Deus*», Gil Vicente, al recrear el relato bíblico, también recurre a la conocida imagen de la naturaleza enfurecida, en medio de la cual el pecador, que ha ofendido a Dios, siente que los elementos se levantan contra él:

O mar pera mi sanhoso,
a terra treme comigo;
o sol tam manso e fermoso
contra mí se volve yroso,
como meu mortal imigo.
.....
O día se despedaça
con graves sanhas supernas;
o ar me acusa da praça,
e o fogo m'ameaça
con vivas chamas eternas.
Horas, pontos e momentos,
os cursos da natureza
me desejam dar tormentos;
os mais ledos elementos
me apresentam mais tristeza⁹⁹.

Al describir la tormenta que el almirante Colón y sus hombres padecen en Puerto

⁹⁵ CONDE DE VILLAMEDIANA, *Obras*, edic. de Juan Manuel Rozas, Madrid, Castalia, 3ª edic., 1991, pp. 139-141.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 319.

⁹⁷ FREDERICK A. DE ARMAS, «The Four Elements: Key to an Interpretation of Villamediana's Sonnets», *Hispanic Journal*, IV, 1982-1983, pp. 61-79.

⁹⁸ FERNANDO DE ROJAS, *La Celestina*, edición de Dorothy Severin, Madrid, Cátedra, 4ª edic., 1990, p. 78.

⁹⁹ GIL VICENTE, *Lírica*, edic. de Armando López Castro, Madrid, Cátedra, 1993, pp. 199-200.

Belo, también Fray Bartolomé de las Casas recurre a la tradicional imagen de los elementos en litigio:

La gente de los navíos [nos explica] estaba tan molida, turbada, en fèrma y de tantas amarguras llena, que, como desesperada, deseaba más la muerte que la vida, viendo que todos cuatro elementos contra ellos tan cruelmente peleaban. Temían el huego por los rayos y relámpagos; los vientos, unos contrarios de otros, tan furiosos y bravos y desmesurados; el agua de la mar que los comía y la de los cielos que los empapaba; la tierra por los bajos y roqueados de las costas no sabidas¹⁰⁰.

En el último capítulo de su *Menosprecio de corte*, el autor se despide de un mundo en que casi todo son males e incomodidades, y en el que «la tierra se nos abre, el agua nos ahoga, el fuego nos quema, el aire nos destempla, el invierno nos arrinconca, el verano nos congosa, los canes nos muerden, los gatos nos arañan, las arañas nos emponzoñan»¹⁰¹. En el cantar de Tauriso y Berardo, de la *Diana enamorada* de Gaspar Gil Polo, aquél recurre a la imagen de los elementos violentos y exaltados para ponderar su resistencia y valor frente a las adversidades del amor: «más seguro / que está un peñasco duro / contra el rabioso viento y mar airado»¹⁰². Y en la descripción tópica de los elementos embravecidos, enfrentados entre sí, debía de pensar Francisco de Aldana cuando escribe:

No siempre el aire está de nubes lleno,
no siempre el viento mueve a la mar guerra,
no siempre con furor el rayo o trueno
hiere Jove inmortal la baja tierra¹⁰³.

La enemistad que los elementos manifiestan a veces contra el ser humano también puede hallarse en poemas y textos en prosa en que las esperanzas son destruidas, abrasadas, consumidas por la fuerza de la Naturaleza o la saña de la Fortuna enojada, aliadas ambas con los elementos encrespados, como ocurre en un soneto de Francisco de Figueroa en que:

Bien pudiste llevar, rabioso viento,
mis esperanzas donde se han perdido
y deshacer con soplo airado el nido
de mi dulce, amoroso pensamiento¹⁰⁴.

¹⁰⁰ FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, *Historia de las Indias*, libro II, cap. 25, en *Obras escogidas*, edic. de Juan Pérez de Tudela y Emilio López Oto, Madrid, Atlas, 1957-1961, 2 vols. (Biblioteca de Autores Españoles, 95 y 96), vol. II, p. 63.

¹⁰¹ FRAY ANTONIO DE GUEVARA, *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, edic. de Matías Martínez Burgos, Madrid, Espasa-Calpe, Colección Clásicos Castellanos, 4ª edic., 1975, p. p. 194. Con idénticas palabras, probablemente tomadas de Guevara, insiste en ello Diego Ortúñez de Calahorra en su *Caballero del Febo*: «Y demás de las continuas guerras y contiendas que ay entre nosotros, donde cada día tenemos la muerte ante los ojos, ¡quántas cosas ay que nos espantan y amenazan cada punto nuestras vidas! Que la tierra se nos abre, el agua nos ahoga, el fuego nos quema, el aire nos destempla, el invierno nos traspasa, el verano nos congosa, los canes nos muerden, las arañas nos empoçoñan» (DIEGO ORTÚÑEZ DE CALAHORRA, *Espejo de príncipes y caballeros. El caballero del Febo*, edic. de Daniel Eisenberg, Madrid, Espasa-Calpe, Col. Cásicos Castellanos, 1975, 5 vols., vol. V, p. 169).

¹⁰² GASPAR GIL POLO, *Diana enamorada*, edic. de Rafael Ferreres, Madrid, Espasa-Calpe, Colección Clásicos Castellanos, 3ª edic., 1973, p. 65.

¹⁰³ FRANCISCO DE ALDANA, «Octavas en diversa materia», en *Poesía*, edic. cit., p. 60.

Cuando Guzmán reflexiona sobre la condición inexorable del tiempo y la fuerza que adquiere la costumbre, concluye que por ella «Tienen perpetua guerra el fuego con el aire, la tierra con el agua y todos entre sí los elementos»¹⁰⁵. En el capítulo segundo del *Viaje del Parnaso* cervantino, cuando el dios Apolo envía una tormenta contra el barco en que navegan los poetas, «Todos los elementos vi turbarse: / la tierra, el agua, el aire, y aun el fuego / vi entre rompidas nubes azorarse»¹⁰⁶. Juan de Arguijo, por su parte, explica en uno de sus sonetos que el varón fuerte, seguro de sí mismo, no desfallece ni se ve oprimido:

Aunque en soberbias ondas se revuelva
el mar, y conmovida en sus cimientos
gima la tierra, y los contrarios vientos
talen la cumbre en la robusta selva;
aunque la ciega con fusión envuelva
en discordia mortal los elementos,
y con nuevas señales y portentos
la máquina estrellada se disuelva¹⁰⁷.

Una vertiente particular del tema que exponemos –la lucha de los elementos contra el hombre– nos la ofrece Francisco de Quevedo en su silva dedicada «a una nave nueva al entrar en el agua», en la que el navío, como en otras composiciones de la época, viene a ser el símbolo de la soberbia del hombre frente a la naturaleza y lo frágil del destino humano:

¡Qué pesos te previene tan extraños
la codicia del bárbaro avariento!
¡Cuánto sudor te queda en largos años!
¡Cuánto que obedecer al agua y viento!
Y al fin te verá tal la tierra luego,
que te desprecie por sustento el fuego¹⁰⁸.

Y el asunto recibe un trato humorístico en un entremés atribuido a Luis Quiñones de Benavente, uno de cuyos personajes, viajero amenazado por las inclemencias del tiempo y las agresiones de la naturaleza, explica:

¹⁰⁴ FRANCISCO DE FIGUEROA, *Poesía*, edic. de Mercedes López Suárez, Madrid, Cátedra, 1989, p. 216. En otra composición del mismo autor, es la tierra yerma la que impide que las esperanzas fructifiquen: «En esta tierra estéril y desierta, / y entre estas rocas ásperas y heladas, / alegres plantas tuvo amor sembradas / y larga senda a mi descanso abierta. / Agora yace mi esperanza muerta, / y mi deseo las alas abrasadas, / cayó por tierra y fueron acabadas / las horas breves de mi gloria incierta» (*ibid.*, p. 217).

¹⁰⁵ MATEO ALEMÁN, *Guzmán de Alfarache*, parte 2ª, libro III, cap. 7, en *La novela picaresca española*, edic. de Ángel Valbuena Prat, Madrid, Aguilar, 7ª edic., 1986, 2 vols., vol. I, p. 693.

¹⁰⁶ MIGUEL DE CERVANTES, *Viaje del Parnaso*, en *Obras completas*, edición de Ángel Valbuena Prat, Madrid, Aguilar, 18ª edic., 1986, 2 vols., vol. I, p. 81.

¹⁰⁷ JUAN DE ARGUIJO, *Obra poética*, edic. de Stanko B. Vranich, Madrid, Castalia, 1972, p. 183.

¹⁰⁸ FRANCISCO DE QUEVEDO, *Poesía original completa*, edic. de José Manuel Blecuá, Barcelona, Planeta, 1981, p.118.

y así traigo defensivos
contra sus cuatro elementos
antojos para la tierra,
mascarilla para el viento,
para el fuego, guardasol
y para el agua, fieltro;
guantes para el mucho frío¹⁰⁹
no se me tueste el pellejo¹⁰⁹.

El socorrido tópico de la naturaleza vuelta contra el hombre, tuvo otra variante en que los poetas encontraron un verdadero filón para construir metáforas: Nos referimos a la violencia que ejercen los elementos sobre el corazón del amante atormentado, el cual siente cómo se acentúa su dolor bajo el efecto de la muerte próxima (tierra), la pasión (fuego), las lágrimas (agua) y los suspiros (aire). Ya en una composición de Quirós, incluida en el *Cancionero General*, se alude al microcosmos que forman el cuerpo y alma del enamorado, sacudidos, lo mismo que el macrocosmos, por las fuerzas naturales:

Propiamente me sostiene
amor en quatro elementos,
los mismos que al mundo tiene;
mas dámelos con que pene.

.....
El huego, por mayor pieça,
do rebivan mis enojos,
en mi coraçón s'empieça;
ell ayre está en la cabeça,
ell agua siempre en los ojos
que despierta;
todo lo otro es tierra muerta,
tan enxuta,
que fruto, yerva ni fruta
no se acierta¹¹⁰.

La idea se halla en la carta de don Diego Hurtado de Mendoza que se inicia con el verso «Querría contar mi vida», en que el protagonista, después de haber sufrido las heridas del amor:

El fuego mi pecho enciende,
el aire mis quejas lleva,
el agua mis ojos ceba,
la tierra cedo me atiende.
Pues ya que los elementos
que en el mundo nos sostienen
se junten y me condenen,
me salvan mis pensamientos¹¹¹.

¹⁰⁹ LUIS QUIÑONES DE BENAVENTE, «Lo que pasa en una venta», en *Nuevos entremeses atribuidos a Luis Quiñones de Benavente*, edic. de Abraham Madroñal Durán, Kassel, Reichenberger, 1996, p. 116.

¹¹⁰ *Cancionero General*, recopilado por HERNANDO DEL CASTILLO, Valencia, 1511, 2 vols., y edición facsímil a cargo de Antonio Rodríguez Moñino, Madrid, Real Academia Española, 1958, vol. I, fol. CCVIII.

El mismo autor, en uno de sus sonetos:

Tiéneme el agua de los ojos ciego;
del corazón el fuego me maltrata;
cada cual de los dos por sí me mata,
mas nunca al fin de aquesta muerte llevo¹¹².

En el poema que Antonio de Villegas dedica al «Llanto de Orestes por la muerte de Pilades», el protagonista exclama:

Para llevar mis tormentos
¿qué haré Pilades sin ti?
Que después que te perdí
todos los cuatro elementos
se conjuran contra mí:
la tierra tiene en prisión
al que causó mis enojos;
el aire suspiros son;
el agua, siempre en los ojos,
y el fuego, en el corazón¹¹³.

Imágenes similares utiliza Virués en la canción que dedica a una muchacha muerta en un naufragio, en cuyos últimos versos el protagonista, que ve próxima «la dulce postrimera hora», exclama:

Canción, la voz confusa y ronco pecho
y el inmenso cuidado
del corazón cuitado,
en aire y fuego y agua ya deshecho,
me dan aviso cierto
que no estoy lejos del seguro puerto¹¹⁴.

El mismo lugar común se encuentra en uno de los sonetos de Francisco de Figueroa, en que las lágrimas que los ojos vierten y la llama que le abrasa el pecho, «ríos caudales son y fuego eterno»¹¹⁵. Cervantes, que en las primeras estrofas de su *Viaje del Parnaso* confiesa haberse esforzado «por parecer que tengo de poeta / la gracia que no quiso darme el Cielo»¹¹⁶, recurre al tópico para describir en uno de sus romances el estado en que se encuentra el corazón del celoso:

Seco le tienen desdenes,

¹¹¹ DIEGO HURTADO DE MENDOZA, *Poesía completa*, edic. cit., p. 152.

¹¹² *Ibid.*, p. 364.

¹¹³ ANTONIO DE VILLEGAS, «Llanto de Orestes por la muerte de Pilades», en *Poesía de la Edad de Oro. I. Renacimiento*, edic. cit., pp. 126-127. El poema se publicó en la recopilación de composiciones del autor que, con el título de *Inventario*, apareció en Medina del Campo en 1565.

¹¹⁴ CRISTÓBAL DE VIRÚES, «Canción a una doncella anegada en la carrera de Indias», *ibid.*, p. 421. El poema apareció en las *Obras trágicas y líricas* del autor, publicadas en Madrid en 1609.

¹¹⁵ FRANCISCO DE FIGUEROA, *Poesía*, edic. cit., p. 136.

¹¹⁶ MIGUEL DE CERVANTES, *Viaje del Parnaso*, en *Obras Completas*, edic. cit., vol. I, p. 72.

bañado en lágrimas tiernas;
aire, fuego y los suspiros...¹¹⁷
le abrasan continuo y hielan¹¹⁸.

Quevedo, tan ajeno a la sincera modestia con que se expresa Cervantes, también utiliza de manera repetida imágenes similares:

Si en suspiros por el aire,
si en deseos por el fuego,
si en lágrimas por el mar
diere con vos mi tormento,
hacedle buena acogida¹¹⁸.

Y en un madrigal de su *Parnaso español*, de acuerdo con el viejo tópico citado, los cuatro elementos constituyen la sustancia material en que se manifiestan las congojas del enamorado:

Está el ave en el aire con sosiego,
en la agua el pez, la salamandra en fuego,
y el hombre, en cuyo ser todo se encierra,
está en sola la tierra.
Yo sólo, que nací para tormentos,
estoy en todos estos elementos:
la boca tengo en aire suspirando,
el cuerpo en tierra está peregrinando,
los ojos tengo en agua noche y día,¹¹⁹
y en fuego el corazón y el alma mía¹¹⁹.

Pero el papel de los cuatro elementos en la expresión del amor fue mucho más amplio. En la poesía cortesana de la última Edad Media, como es bien sabido, la manifestación de tales sentimientos suele discurrir por una compleja vía conceptual y abstracta, en que rara vez tienen cabida las referencias a la naturaleza y a los elementos, salvo algunas excepciones que después comentaremos. En el Renacimiento y el Barroco, en cambio, el amor va a ser el referente usual de numerosas metáforas, símbolos y expresiones alegóricas en que intervienen los elementos unidos, o en imágenes aisladas. En varias ocasiones, por ejemplo, y de acuerdo con el tópico señalado ya por Curtius¹²⁰, el hablante invoca a la naturaleza y reclama la presencia de los elementos para que den fe de su afirmación apasionada, como en la obra de Gutierre Cetina, en uno de cuyos sonetos el hablante pide el testimonio del «cielo, el aire, el mar, la tierra, el fuego» para ponerlos por testigos de la belleza de la dama, y de su fidelidad

¹¹⁷ MIGUEL DE CERVANTES, «Los celos», *ibid.*, p. 56.

¹¹⁸ FRANCISCO DE QUEVEDO, «Amante ausente, que muere presumido de su dolor», en *Poesía original completa*, edic. cit., p. 459.

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 438.

¹²⁰ ERNST ROBERT CURTIUS, *Literatura europea y Edad Media latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, 2 vols., vol. I, p. 139.

y admiración hacia ella¹²¹; o en *La fuerza del interés*, de Gaspar de Aguilar, cuando Grisanto jura a Marcela amor eterno:

por el fuego que nos quema,
por el agua que nos baña,
por el aire que nos templá,
por la tierra que contempla
toda esta máquina extraña¹²².

Mientras que en el Soneto I de Elicio, del segundo libro de la *Galatea* de Cervantes, los elementos son un obstáculo cuando el deseo amoroso del pastor tiene que enfrentarse al despego de la amada:

¡Ay, que al alto designio que se cría
en mi amoroso firme pensamiento
contradican el cielo, el fuego, el viento,
la agua, la tierra y la enemiga mía!¹²³

Y también en los versos de Góngora y algunos de sus discípulos, los elementos mismos, o los componentes del mundo natural que les sustituyen dentro del poema, se conmueven ante los lamentos del amante¹²⁴:

Ni en este monte, este aire, ni este río
corre fiera, vuela ave, pece nada,
de quien con atención no sea escuchada
la triste voz del triste llanto mío¹²⁵.

Junto al fuego, del que proceden numerosas imágenes metafóricas de la pasión y el amor en la literatura de la Edad Media¹²⁶, el Renacimiento¹²⁷ y el Barroco¹²⁸, y sin las

¹²¹ GUTIERRE DE CETINA, *Sonetos y madrigales completos*, edic. de Begoña López Bueno, Madrid, Cátedra, 1990, p. 176.

¹²² *Poetas dramáticos valencianos*, edic. de Eduardo Juliá, Madrid, Real Academia Española, Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles, 2ª serie, 1929, 2 vols., vol. II, p. 169 b.

¹²³ MIGUEL DE CERVANTES, *La Galatea*, en *Obras completas*, edic. cit., vol. I, p. 777. También Shakespeare -permítanos la pequeña digresión- plantea el mismo conflicto: En uno de sus sonetos, el amante, ansioso de llegar hasta la dama, querría ver su carne convertida en pensamiento, para poder saltar con agilidad sobre los elementos más pesados, el mar y la tierra: «For nimble thought can jump both sea and land» (WILLIAM SHAKESPEARE, *Poesía completa*, edición bilingüe, Barcelona, Libros Río Nuevo, 7ª edic., 1985, p. 274.); y en la composición siguiente añade: «The other two, slight air and purging fire, / Are both with thee, wherever I abide; / The first my thought, the other my desire, / These present-absent with swift motion slide» [«Los otros dos, aire leve y fuego purificador, / están siempre contigo, dondequiera que yo resida; / el primero mi pensamiento, el otro mi deseo, / presentes y ausentes a la vez, se deslizan con ágil movimiento»] (*ibid.*, pp. 276-277).

¹²⁴ Véase M. J. WOODS, *The Poet and the Natural World in the Age of Góngora*, Oxford, Oxford University Press, 1978, pp. 114 y ss.

¹²⁵ LUIS DE GÓNGORA, *Sonetos completos*, edic. de Biruté Ciplijauskaitė, Madrid, Castalia, 1969, p. 124.

¹²⁶ «Se mai fôco per fôco nos si spense» (FRANCESCO PETRARCA, *Cancionero*, soneto XLVIII, edición bilingüe de Jacobo Cortines, Madrid, Cátedra, 1989, 2 vols., vol. I, pp. 252). «Non prego già, né puote aver piú loco, / che mesuratamente il mio cor arda, / ma que sua parte abbi costei del fôco» (*ibid.*, soneto LXV, pp. 296). «Los fuegos qu'en mí encendieron / los mis amores passados, / nunca matallos pudieron / las lágrimas que salieron / de los mis ojos cuitados» (JORGE MANRIQUE, *Poesía*, edic. de Jesús

connotaciones violentas que éste suele presentar, el aire y el agua transmiten sensaciones de frescor, dulzura, paz, y con su contacto envolvente y acariciador, evocan a menudo la presencia del amor en la lírica del primer Renacimiento: Son las «corrientes aguas puras, cristalinas», y el «viento fresco y manso, y amoroso, / almo, dulce, sabroso» de Garcilaso de la Vega¹²⁹, o el delicado erotismo que sugieren los conocidos versos del *Cántico espiritual* de San Juan:

Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonoros,
el silbo de los aires amorosos¹³⁰.

En la «Octava rima» de Juan Boscán, el amor, como fuerza opuesta al odio, gobierna al hombre y transforma en instrumentos suyos la brisa, las fuentes y la corriente del río, espacios aptos para imaginar paraísos bucólicos, *locus amoenus* y paisajes ideales, que parecen cobrar vida gobernados por la fuerza del amor:

Amor los edificios representan,
y aun las piedras aquí diréis que aman;
las fuentes así blandas se presentan,
que pensaréis que lágrimas derraman;
los ríos al correr d'amor os tientan,
y amor es lo que suenan y reclaman;
tan sabrosos aquí soplan los vientos
que os mueven amorosos pensamientos¹³¹.

Manuel Alda Tesán, Madrid, Cátedra, 3ª edic., 1977, p. 109). «Yo ardo sin ser quemado, / en bivas llamas d'amor; / peno sin haver dolor; / muero sin ser visitado» (JUAN RODRÍGUEZ DEL PADRÓN, «Canción», en *Poesía de Cancionero*, edic. de Álvaro Alonso, Madrid, Cátedra, 3ª edic., 1995, p. 122). «Aquel gran fuego d'amar, / que mis entrañas atiza, / tal me tiene: / ni me dexa de quemar, / ni me convierte en ceniza» («Coplas del Marqués d'Astorga a su amiga», *ibid*, p. 346).

¹²⁷ Recuérdese la «llama de amor viva» de San Juan; las expresiones similares, comunes en Garcilaso y sus discípulos, «de tan hermoso fuego consumido», «en amoroso fuego todo ardiendo», «al encendido fuego en que me quemó» (GARCILASO DE LA VEGA, *Poesías castellanas completas*, edic. de Elias L. Rivers, Madrid, Castalia, 2ª edic., 1972, sonetos XXVIII y XXIX, y *Égloga I*, pp. 64-65 y 121); o el soneto de Gutierre de Cetina «Como el calor de la celeste esfera / calienta y vivifica y da consuelo / cuanto hay elementado acá en el suelo, / árbol, planta, animal, flor, hierba o fiera, / así, señora, Amor, desta manera, / los pechos arde de amoroso celo» (GUTIERRE DE CETINA, *Sonetos*, edic. cit., p. 144).

¹²⁸ Como se sabe, las imágenes cuyo elemento básico es el fuego ocupan un destacado lugar en la obra de Quevedo, bien de forma aislada («venas que humor a tanto fuego han dado, / medulas que han gloriosamente ardido»; «Yo soy ceniza que sobró a la llama; / nada dejó por consumir el fuego / que en amoroso incendio se derrama»); en frente a las aguas vertidas en el llanto («No mata, yo lo siento, / al fuego el agua, Inarda dura y bella; / pues sola una centella / del fuego que en mis venas alimento / no he muerto en tantos años, ni apagado / con el diluvio inmenso que he llorado»); o en violenta y paradójica unión con el hielo, de acuerdo con un tópico extendido en las literaturas europeas desde el Prerrenacimiento («Es hielo abrasador, es fuego helado, / es herida que duele y no se siente»; «y en encendido invierno l'alma mía, / ardo en la nieve y hiélome abrasado»; «al yelo hermoso de su pecho llevo / mi corazón, por ver si, agradecida, / se regala su nieve con mi fuego») (FRANCISCO DE QUEVEDO, *Poesía original completa*, edic. cit., pp. 511, 523, 403, 389, 507 y 528 respectivamente).

¹²⁹ GARCILASO DE LA VEGA, *Poesías castellanas completas*, edic. cit., pp. 128 (*Égloga I*) y 157 (*Égloga II*).

¹³⁰ SAN JUAN DELA CRUZ, *Obras completas*, edic. cit., p. 27.

¹³¹ JUAN BOSCAN, *Obra completa*, edic. de Carlos Clavería, Madrid, Cátedra, 1999, p. 376.

En un soneto de Gutierre de Cetina:

Aires süaves, que mirando atentos
escucháis la ocasión de mis cuidados,
mientras que la triste alma acompañado
con lágrimas os cuenta sus tormentos,
.....
así alegres veáis los elementos,
y en lugares do estáis enamorados
las hojas y los ramos delicados
os respondan con mil dulces acentos¹³².

En el canto de Alcida y Diana, del primer libro de *Diana enamorada* de Gaspar Gil Polo, mientras «el sol sus rayos muy ardientes / con tal furia y rigor al mundo envía», agua y aire crean un remanso de frescor y paz propicio para el amor:

Al dulce murmurar de la corriente,
de aquesta fuente,
mueve tal canto,
que cause espanto,
y dé contentos;
los bravos vientos,
el ímpetu furioso refrenando,
vengan con manso espíritu soplando¹³³.

A veces, sin embargo, lo apacible y dulce de los elementos que acarician —«Tauriso, el fresco viento, que alegrándonos / murmura entre los árboles altísimos, / la vista y los oídos deleitándonos»—, contrasta con el dolor que experimenta el amante, al que «Amor le da más pena, y castígale, / cuando en deleites anda recreándose»¹³⁴.

De otro lado, en la lírica barroca los cuatro elementos fueron un venero imprescindible, e inagotable durante largo tiempo, para construir imágenes inspiradas en la tierra, sustituida a veces por rocas, riscos, selvas, montes, con las fieras que en ellos habitan; el agua, poblada de escamas, serpientes y delfines, o transmutada en golfos, ríos, piélagos o simas; el aire, que toma forma de ala, pluma, nube, cielo y pájaro; o en el fuego, materializado en sol, cometa, lucero, relámpago y ceniza, con sus Fénix, Ícaros y Fatontes. En la época serán frecuentes además las metáforas *transelementales*, de gran belleza y vigor, por las cuales los seres y atributos pertenecientes a uno de los elementos se mezclan con los de otro, en una suerte de pre-sinestesia, con lo que no son raras durante el periodo, sobre todo en poetas de la escuela culterana, las composiciones en que hallamos «piélagos de aire», «aéreas llamas», «islas de plumas», «vientos de cristal», «campos undosos», «cielos de espuma», «campos de zafiro», o flores transmutadas en estrellas¹³⁵.

¹³² GUTIERRE DE CETINA, *Sonetos*, edic. cit., p. 109.

¹³³ GASPAR GIL POLO, *Diana enamorada*, edic. cit., pp. 30-31.

¹³⁴ *Ibid.*, pp. 110-111.

¹³⁵ Para el estudio de los elementos como fuente de la imaginería culterana, véase M. J. WOODS, *The*

Lope, por su parte, recurre a menudo a la doctrina clásica de los elementos para crear imágenes de supuesta procedencia culta, en que faltan, sin embargo, la espontaneidad y la gracia popular que proporcionan todo su atractivo a las composiciones del autor. Así, en el soneto 99 de sus *Rimas*, antes de renunciar al amor, el hablante espera ver cumplido un imposible, la unión concorde de los humores y los elementos, hasta entonces enfrentados:

Los humores del hombre, reducidos
a un mismo fin, se abrazarán concordes;
dará la noche luz y el oro enojos.
Y quedarán en paz eterna unidos
los elementos, hasta aquí discordes,
antes que deje de adorar tus ojos¹³⁶.

En el soneto VI de sus *Rimas sacras*, el calor y la humedad son los responsables de la vida, mientras que sus contrarios, el frío y la sequedad, nos conducen a la muerte, en este caso a la muerte espiritual y física de quien voluntariamente olvida el amor divino:

Si de la muerte rigurosa y fiera
principios son la sequedad y el frío,
mi duro corazón, el hielo mío
indicios eran que temer pudiera.
Mas si la vida conservarse espera
en calor y humedad, formen un río
mis ojos, que a tu mar piadoso envío,
divino autor de la suprema esfera.
Calor dará mi amor, agua mi llanto,
huya la sequedad, déjeme el hielo,
que de la vida me apartaron tanto.
Y tú, que sabes ya mi ardiente celo,
dame los rayos de tu fuego santo,
y los cristales de tu santo cielo¹³⁷.

En unos versos de su *Filomena*, Lope refiere como Neptuno amó «tan hermosas damas, / que su elemento acuoso engendró llamas»¹³⁸. Y en este apartado es imprescindible citar el soneto de inspiración neoplatónica –«La calidad elemental resiste / mi amor, que a la virtud celeste aspira»– que Lope incluyó y comentó en *La dama boba* (1613),¹³⁹ dio a conocer de nuevo en *La Filomena* (1621), e imprimió en *La Circe* (1624) con un comentario en prosa, y al que Dámaso Alonso dedicó interesantes

Poet and the Natural World, pp.118-147; y JOAQUÍN ROSES, «La sustancia poética del mundo: De los cuatro elementos a las *Soledades*», en FRANCIS CERDAN (ed.), *Hommage a Robert James*, Toulouse, Université de Toulouse Le Mirail, 1994, pp. 1023-1036.

¹³⁶ LOPE DE VEGA, *Obras poéticas*, edic. cit., p. 81.

¹³⁷ *Ibid.*, pp. 318-319.

¹³⁸ *Ibid.*, p. 590.

¹³⁹ LOPE DE VEGA, *Peribáñez y el Comendador de Ocaña. La dama boba*, edic. de Alonso Zamora Vicente, Madrid, Espasa-Calpe, Colección Clásicos Castellanos, 2ª edic., 1969, p. 167.

páginas¹⁴⁰.

Por la extensión y variedad del tema, la presencia de los cuatro elementos en el teatro barroco, especialmente en los dramas de carácter religioso o mitológico y en autos sacramentales, requeriría un estudio detenido que aquí sólo podemos proponer. Tirso de Molina, entre otros, y por citar un ejemplo que ha merecido la atención de la crítica¹⁴¹, aprovechó las imágenes que los elementos proporcionan en la creación de su Don Juan, en cuyos versos y trama, los elementos ocupan un puesto significativo:

Como es verdad que en los vientos
hay aves, en el mar peces,
que participan a veces
de todos cuatro elementos..¹⁴²

Recita don Pedro Tenorio en el primer acto, para apoyar la verdad de lo que afirma. El mar, surcado por «quebradizo madero», es el responsable del naufragio de don Juan y Catalinón, y de la burla de que es objeto la pescadora Tisbea, ante la cual el galán se muestra «formado de agua» aunque «preñado de fuego». Entre tanto, el enamorado Coridón haría lo que ordenara Tisbea, aunque le pida que «surque el mar, tale la tierra, / pise el fuego, y pare el viento»¹⁴³. Y aunque las cabañas de los pescadores queden abrasadas por «ondas de fuego», y sean «del viento heridas»¹⁴⁴, el fuego, como instrumento de Dios, y a través de la mano de don Diego, será el vengador de tanto agravio, el encargado de castigar al incrédulo don Juan, que al fin verá consumirse el plazo en cuyo cumplimiento no creía.

La concepción e imágenes del mundo que comentamos cobran especial relieve en Calderón, quien en sus dramas y autos construye un minucioso sistema de correspondencias metafóricas, organizado, a la manera escolástica, en torno a las cuatro sustancias elementales¹⁴⁵. Recordemos, por ejemplo, el conocido monólogo en que

¹⁴⁰ DÁMASO ALONSO, *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*, Madrid, Gredos, 5ª edic., 1981, pp. 455-466. Lope, siguiendo las ideas de Pico della Mirandola, describe en el soneto una suerte de escala platónica que partiendo del mundo material, en que el fuego es el calor que nos mantiene vivos y en ocasiones abrasa, atraviesa después el orbe celestial en que el fuego es la virtud que vivifica el alma, para llegar a la esfera última, el mundo sobreceleste, en que el fuego es quintaesencia, idea, y en la cual se alcanza el amor contemplativo y puro.

¹⁴¹ FRANCISCO J. MARTÍN, «The Presence of the Four Elements in *El Burlador de Sevilla*», en FREDERICK A. DE ARMAS (ed.), *A Star-Crossed Golden Age: Myth and the Spanish Comedia*, Lewisburg y London, Bucknell University Press y Associated University Press, 1998, pp. 30-45.

¹⁴² TIRSO DE MOLINA, *El Burlador de Sevilla y convidado de piedra*, edic. de Joaquín Casaldueiro, Madrid, Cátedra, 1985, p. 50.

¹⁴³ *Ibid.*, pp. 56-59.

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 110.

¹⁴⁵ Véase EDWARD M. WILSON, «The Four Elements in the Imagery of Calderón», *Modern Language Review*, XXXI, 1936, pp. 34-47, y versión española en MANUEL DURÁN y ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, *Calderón y la crítica: Historia y antología*, Madrid, Gredos, 1976, 2 vols., vol. I, pp. 277-299; VITTORIO BODINI, «Signos y símbolos en *La vida es sueño*», en *Estudio estructural de la literatura clásica española*, Barcelona, Martínez Roca, 1971, pp. 41-47; FRANCISCO RICO, *El pequeño mundo del hombre*, pp. 242 y ss.; HANS FLASCHE, «Más detalles sobre el papel de los cuatro elementos en la obra de Calderón. Análisis de las fuentes y del lenguaje del dramaturgo», *Letras de Deusto*, XI, 1981, pp. 5-14;

Segismundo, tras comparar su condición de cautivo con la libertad ilimitada que disfrutaban los habitantes irracionales del aire (aves), la tierra (brutos) y el agua (peces), concluye su discurso con una alusión al último elemento, el fuego —«Un volcán, un Etna hecho»—, nacido de un furioso impulso que brota de sus entrañas¹⁴⁶. Y al final del mismo drama, como en otros del autor, el caballo en que cabalga Rosaura, símbolo de la vertiente material de la existencia dominada por la fuerza del instinto, irrumpe como un compuesto de las cuatro sustancias elementales:

En quien un mapa se dibuja atento,
Pues el cuerpo es la tierra,
El fuego, el alma que en el pecho encierra,
La espuma el mar, y el aire es el suspiro,
En cuya confusión un caos admiro;
Pues en el alma, espuma, cuerpo, aliento,
Monstruo es de fuego, tierra, mar y viento¹⁴⁷.

En los versos de *A secreto agravio, secreta venganza*, tras recordar las injurias que sufren otros seres de la naturaleza, doña Leonor se pregunta:

Quéjase un monte arrogante
De las injurias del viento,
Cuando le ofende violento;
.....
Quéjase el mar a la tierra,
Cuando en lenguas de agua toca
Los labios de opuesta roca.
Quéjase el fuego, si encierra
Rayos, que al mundo hacen guerra:
¿Qué mucho pues que mi aliento
Se rinda al dolor violento,
Si se quejan monte, piedra,
Ave, flor, eco, sol, hiedra,
Tronco, rayo, mar y viento?¹⁴⁸

En el auto sacramental de *La vida es sueño*¹⁴⁹, sobre todo, los cuatro elementos, personificados, son los auténticos protagonistas: El aire, el agua, el fuego y la tierra luchan por la supervivencia al iniciarse el auto, hasta que el Poder, sin deshacer su enemistad, pone orden entre ellos. La Sabiduría construye a continuación un universo

AURORA EGIDO, *El gran teatro de Calderón. Personajes, temas, escenografía*, Kassel, Reichenberger, 1995, pp. 3 y ss.; JEAN-PIERRE ETIENVRE, «L'air et le feu comme métaphores du pouvoir chez Calderón», en FRANCESCA RIGOTTI y PIERANGELO SCHIERA (eds.), *Aria, terra, acqua, fuoco*, pp. 55-64.

¹⁴⁶ PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA, *La vida es sueño*, jornada I, escena II, en *Obras*, edición de Juan Eugenio Hartzenbusch, Madrid, Atlas, 1944-1945, 4 vols. (Biblioteca de Autores Españoles, 7, 9, 12, 14), vol. I, pp. 1-2.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 16.

¹⁴⁸ PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA, *A secreto agravio, secreta venganza*, jornada I, escena IV, *ibid.*, vol. I, p. 597.

¹⁴⁹ PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA, *Autos Sacramentales*, edición de Ángel Valbuena Prat, Madrid, Espasa-Calpe, Colección Clásicos Castellanos, 1957, 2 vols., vol. I, pp. 125-195.

feliz en que el fuego adorna al sol, el aire se puebla de aves, el agua de peces, y la tierra de plantas y de animales. Nace después el hombre, formado por esas dos parejas de elementos, que a partir de aquel instante estarán a su servicio:

Por ti, a su obediencia
todos le ofrecemos...
La Tierra sus flores.
El Agua su espejo.
Sus auras el Aire.
Sus luces el Fuego.
Sirviéndole a un tiempo
luces, auras, espejos y flores,
el Agua, la Tierra, el Aire y el Fuego¹⁵⁰.

Pero el primer hombre peca, y los elementos, benignos hasta el momento, se revuelven contra él en forma de rayos, terremotos, huracanes y diluvios. La Sabiduría le ofrece finalmente la posibilidad de recuperar la gracia con la ayuda de los elementos: el agua será agente del Bautismo, en la tierra germinarán las espigas y la vid de la Eucaristía, el aire actuará de vehículo para extender las palabras de la consagración, y sobre todos ellos reinará el fuego del amor divino:

En Aire, Agua, Fuego y Tierra,
concha, espiga, voz y afecto,
tiene, goza, incluye y sella,
gracia, venia, amparo, asilo,¹⁵¹
piedad, refugio y clemencia.

Calderón fallece en 1681, y a partir de entonces la filosofía aristotélica aún vigente empieza a entrar en conflicto con el espíritu racionalista y los descubrimientos científicos propios de la nueva época, y las viejas doctrinas, cuya validez se niega primero tímidamente, acabarán siendo desechadas por completo en los dos siglos siguientes¹⁵². Todavía en 1732, el primer *Diccionario* de la Real Academia define el término *elemento* como «El principio de las cosas y en que pueden venir a resolverse: como la tierra, el agua, el aire y el fuego, que son los que comúnmente se entienden por elementos»¹⁵³. El Padre Feijoo, en cambio, recuerda en su *Teatro crítico* que:

La física vulgar distribuye las cuatro cualidades, que llama primeras o elementales, entre los cuatro elementos, señalando a cada elemento una intensa en sumo grado y otra cerca del sumo grado [...]. Esta distribución, que fue arreglada no por un severo examen de la naturaleza de las cosas, sí sólo por una proporción imaginaria, padece gravísimas dificultades bien ponderadas por

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 156.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 194.

¹⁵² JAQUES LAMINÉ, «Les quatre éléments», pp. 96 y ss.; y GERNOT Y HARMUT BÖHME, *Fuego, agua, tierra, aire*, pp. 157 y ss.

¹⁵³ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de Autoridades*, edición facsímil, Madrid, Gredos, 1990, 5 tomos en tres vols., t. III, p. 375.

los filósofos modernos¹⁵⁴.

Y en otro momento se muestra en desacuerdo con aquellos:

...que hallando no sé qué especial perfección en el número cuaternario, quisieron sellar con él toda la naturaleza. De aquí vinieron los cuatro elementos, las cuatro cualidades primitivas, los cuatro puntos cardinales del orbe, las cuatro estaciones del año, los cuatro humores del cuerpo, etc.¹⁵⁵

La doctrina de los elementos, como parte sustancial de un tipo de pensamiento basado en el principio de autoridad, estuvo en el punto de mira del Padre Francisco Isla, quien, en los capítulos que tratan «De una conversación muy provechosa que un beneficiado del lugar tuvo con Fray Gerundio, si Fray Gerundio hubiera sabido aprovecharse de ella», arremete con divertidas pullas contra la física moderna, y también, claro está, contra las ideas convencionales cuya historia venimos comentando, y que a partir de entonces van a ser desechadas para siempre:

Meliso, que debía de ser flemático y aguado [explica el Beneficiado], dijo que todas las cosas se componían de agua y no más; Anaxímenes, que debía de adolecer de fantástico y ligero, defendió que todo era puro aire; Heráclito, que sin duda era de genio ardiente y fúgoso, se desgañitaba por persuadir que todo era fuego; y Hesíodo, que en su poema intitulado *Las obras y los días* acreditó su inclinación a la agricultura y, consiguientemente, a los terrones, juraba por los dioses inmortales que todo cuanto veíamos y palpábamos era tierra, y no le sacarían de ahí cuantos araban y cavaban.

.....
No le agradó a Empédocles esta monotonía en la constitución de los cuerpos, y queriendo echar el pie adelante a todos los que le habían precedido, dijo que aquéllos tan lejos estaban de componerse de un solo único elemento, que todos se componían de todos cuatro; pero no como nosotros grosera y sensiblemente los percibimos, impuros, mezclados y revueltos unos con otros; sino purísimos, desecadísimos y, en fin, como a cada uno le parió su madre la naturaleza. Preguntado en qué consistía la diferencia específica de los mixtos, puesto que todos se componían de unos mismos simples, respondía con aquella gravedad y con aquella soberanía propia de un hombre que despreciaba coronas y cetros, que, a la reserva del hombre (a quien no negaba alma racional distinta de los cuatro elementos), todos los demás mixtos sólo se diferenciaban entre sí, ya por la varia combinación de los elementos mismos, ya por el mayor predominio del uno sobre el otro; y que así, entre la rana y el burro no había otra diferencia sino que en aquélla dominaba el agua y en éste la tierra, y que por eso croaba la una y el otro rebusnaba¹⁵⁶.

Y el asunto, a partir de entonces, será motivo de chanza, o recibirá un tratamiento trivial por parte de los autores, en un momento en que, frente a los viejos principios, triunfan la experiencia y la razón: La batalla entre peluqueros y escofieteras que Ramón de la Cruz pinta en uno de sus sainetes, por ejemplo, se resuelve con la solución salomónica propuesta por una señorita de Madrid —«que se usaran / escofietas y

¹⁵⁴ FRAY BENITO JERÓNIMO FEJOO, *Teatro crítico universal*, tomo II, discurso 14, en *Obras escogidas*, edición de Agustín Millares Carlo, Madrid, Atlas, 1961, 4 vols. (Biblioteca de Autores Españoles, 56 y 141-143), vol. II, p. 207.

¹⁵⁵ *Ibid.*, tomo V, discurso 11, en *Obras*, edic. cit., vol. III, p. 240.

¹⁵⁶ FRANCISCO JOSÉ ISLA, *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*, en *Obras escogidas*, edic. de Pedro Felipe Monlau, Madrid Atlas, 1945 (Biblioteca de Autores Españoles, 15), pp. 116-117.

peinados / a un mismo tiempo con gracia»—, y que se lleva a la práctica «con asombro / de aire, tierra, fuego y agua»¹⁵⁷; y para ponderar las cualidades de una bailarina, un personaje de Estébanez Calderón comenta que la muchacha:

Es linda y bien cortada, y en cuanto vuesa merced la vea sospechará, como yo, que en la fábrica y estructura de su persona tienen más parte el aire y el fuego, que no el agua y la tierra¹⁵⁸.

Nos hallamos, en efecto, en una época en que la medicina, la química y la física experimentales luchaban por descubrir la verdadera composición de la materia inerte y los organismos vivos, y en que la milenaria doctrina de los elementos estaba a punto de quedar arrumbada de forma definitiva¹⁵⁹, a pesar de lo cual, las ideas que acabamos de exponer no desaparecen por completo: expulsadas de las aulas y los tratados científicos, hallan refugio en la fantasía y alimentan durante largo tiempo la imaginación de los poetas, para quienes la naturaleza seguirá siendo un compuesto de elementos materiales, animados, y en ocasiones terribles.

En el siglo XIX, las imágenes que nos ocupan fluyen de nuevo en la tradición poética cuando el Romanticismo reaviva una visión del universo en que la realidad inanimada cobra vida, y los elementos conducen hasta el alma del poeta sugerencias e incitaciones extrañas, a menudo violentas. Así, en *El estudiante de Salamanca*, los elementos acompañan en su terrible agonía a Félix de Montemar, el cual:

Escucha cho cars e cráneos,
Ya descarnados y secos,
Temblar en torno la tierra,
Bramar combatidos vientos,
Rugir las airadas olas,¹⁶⁰
Estallar el ronco trueno¹⁶¹.

En «Leyendas de Gnomos», de Gustavo Adolfo Bécquer, el viento explica cómo:

El agua lame la tierra y vive en el cieno. Yo discurro por las regiones etéreas y vuelo en el espacio sin límites. Sigue los movimientos de tu corazón, deja que tu alma suba como la llama y las azules espirales del humo¹⁶¹.

En «El caudillo de las manos rojas»:

El viento muge y silba, sacudiendo las gigantescas ramas del baobab de las selvas. Los genios blanden sus cárdenas espadas de fuego sobre las nubes, en que se los ve pasar cabalgando. El

¹⁵⁷ RAMÓN DE LA CRUZ, «Las escofieteras», en *Sainetes*, edic. de Francisco Lafarga, Madrid, Cátedra, 1990, p. 302.

¹⁵⁸ SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN, «El bolero», en *Escenas andaluzas*, edic. de Alberto González Troyano, Madrid, Cátedra, 1985, p. 78.

¹⁵⁹ JAMES LAMINNE, «Les quatre éléments», pp. 149 y ss.

¹⁶⁰ JOSÉ ESPRONCEDA, *Poesías. El estudiante de Salamanca*, edición de José Moreno Villa, Madrid, Espasa-Calpe, Colección Clásicos Castellanos, 1971, p. 247.

¹⁶¹ GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *Obras completas*, edic. cit., p. 231.

trueno retumba, dilatándose de eco en eco en los abismos de las cordilleras. La lluvia azota el penacho de las palmas...¹⁶²

En la segunda mitad de la centuria, el movimiento simbolista reavivará la idea de un orbe repleto de imágenes misteriosas, e, igual que sucedió en el periodo romántico, reconocerá un alma en todo lo que existe: una lección imprevista que se insinúa en la tierra, la llama, el viento y el mar, o un conjunto de correlaciones y extrañas afinidades, que, aunque estén veladas a nuestros sentidos, no lo están a los ojos del poeta, cuya intuición es capaz de explorar lo inescrutable, abrir el libro de la naturaleza y descifrar sus misterios, percibir, en el grandioso escenario del universo visible, signos leves de un más allá que se oculta, y darnos a conocer ese mensaje escondido mediante símbolos y correspondencias¹⁶³; y esta misma concepción del mundo, presidida por la fuerza omnipresente de los elementos, será común en las literaturas hispánicas del periodo modernista, desde la aparición de *Azul* de Rubén Darío, en 1888, hasta los años de la primera Guerra Mundial, en que triunfan las vanguardias y la creación poética se orienta hacia nuevos derroteros.

En la escena IX de *Luces de bohemia*, Valle Inclán pone en boca de Rubén Darío estas palabras, que probablemente respondían a una preocupación perenne del nicaragüense: «Mar y Tierra, Fuego y Viento, divinos monstruos. ¡Posiblemente Divinos porque son Eternidades!»¹⁶⁴. Antonio Machado, amigo y discípulo de Rubén, retomando la imagen clásica del amante movido por los elementos, abrazado al cosmos, escribe en el *Cancionero apócrifo* de Abel Martín: «Tejidos sois de primavera, amantes, / de tierra y agua y viento y sol tejidos»¹⁶⁵; y en «La tierra de Alvar González», de *Campos de Castilla*, los cuatro elementos cumplen el papel de auténticos protagonistas: El pequeño de los hijos es el único capaz de encender un fuego que simboliza la paz y continuidad del hogar paterno, y que, tras el crimen, se extingue lentamente, amenazado por el viento frío; el padre muere a manos de sus hijos mayores, y su cuerpo es anegado por las aguas de la Laguna Negra, lejos de la tierra que labró, y que hubiera sido su lecho natural, mientras el agua del río, y después la de la fuente,

¹⁶² *Ibid.*, p. 68.

¹⁶³ Véase GUY MICHAUD, *Message poétique du symbolisme*, Paris, Nizet, 1947, 3 vols., vol. II, pp. 410-420; y RICARDO GULLÓN, «Simbolismo y símbolos», en *El Simbolismo. Soñadores y visionarios*, Madrid, J. Tablate Ediciones, 1984, pp. 16-26.

¹⁶⁴ RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN, *Luces de bohemia*, edición de Alonso Zamora Vicente, Madrid, Espasa-Calpe, Colección Clásicos Castellanos, 1973, p. 107. Véanse, entre otros, el poema de Rubén dedicado a «Victor Hugo y la tumba», en que el genio acaba de fallecer y el hablante pregunta por él «a los vientos, / y al océano rudo de oleajes violentos, / y a los astros radiantes, y al altivo volcán» (RUBÉN DARÍO, *Epístolas y poemas*, en *Poesía*, edición de Ernesto Mejía Sánchez, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 60); o el titulado «¡Pax!», en que los cuatro elementos, animados por una suerte de espíritu infernal, se conjuran contra el hombre y se ven invadidos por el odio y el fuego, que se adueñan de la vida en «el mar y debajo del mar», «en la tierra firme y en el viento» (*ibid.*, p. 476).

¹⁶⁵ ANTONIO MACHADO, «Rosa de fuego», *De un cancionero apócrifo [1924-1936]*, en *Poesías completas*, edición crítica de Oreste Macrì, Madrid, Espasa-Calpe, Colección Clásicos Castellanos nueva serie, 1989, pp. 676-677.

parece que denunciaran el crimen: «el que la tierra ha labrado / no duerme bajo la tierra», una tierra sobre cuyos surcos, que han quedado huérfanos, «crecieron / las amapolas sangrientas; / pudrió el tizón las espigas / de trigales y de avenas», hasta que un día a Martín, uno de los asesinos, se le quedó «la sangre de horror helada»: «La azada que hundió en la tierra / teñida de sangre estaba»¹⁶⁶.

Juan Ramón Jiménez, por su parte, utiliza los elementos de manera aun más explícita, para expresar la comunión del poeta con el mundo natural, cuya belleza persigue y cuya esencia intenta descifrar en un estado permanente de búsqueda y de diálogo: «¡Inteligencia, dame / el nombre exacto de las cosas!», se lee en el poema con que se inicia el libro *Eternidades* (1918)¹⁶⁷, y ya en el soneto titulado «Nada», perteneciente a los *Sonetos espirituales*, el pensamiento humano acaba por sucumbir, no frente a la idea del vacío, sino frente a la fuerza omnímoda del mundo material, poderosa y siempre nueva:

A tu abandono opongo la elevada
torre de mi divino pensamiento;
subido a ella, el corazón sangriento
verá la mar, por él empurpurada.
Fabricaré en mi sombra la alborada,
mi lira guardaré del vano viento,
buscaré en mis entrañas mi sustento...
Mas ¡ay!, ¿y si esta paz no fuera nada?
¡Nada, sí, nada, nada!... —O que cayera
mi corazón al agua, y de este modo
fuese el mundo un castillo hueco y frío...—
Que tú eres tú, la humana primavera,
la tierra, el aire, el agua, el fuego, ¡todo!
...¡y yo soy sólo el pensamiento mío!¹⁶⁸

En «El otoñado», perteneciente a *La estación total*, el espíritu y el cuerpo del poeta, igual que un fruto en sazón, aparecen henchidos de naturaleza, que después esparcen generosamente a través de los sentidos:

Estoy completo de naturaleza,
en plena tarde de áurea madurez,
alto viento en lo verde traspasado.
Rico fruto recóndito, contengo
lo grande elemental en mí (la tierra,
el fuego, el agua, el aire) el infinito.

¹⁶⁶ *Ibid.*, pp. 517-541; y MARÍA DO CARMO CARDOSO, «Agua, tierra, fuego y aire en *La tierra de Alvargonzález* de Antonio Machado», en JORGE URRUTIA (ed.), *Antonio Machado hoy (1939-1989). Actas del Congreso Internacional conmemorativo del cincuentenario de la muerte de Antonio Machado*, Sevilla, Alfar, 1990, 4 vols., vol. IV, pp. 269-276

¹⁶⁷ Véase ROSALBA FERNÁNDEZ CONTRERAS, *Le poète Juan Ramón Jiménez: Les quatre éléments, le temps et l'espace dans son oeuvre* [tesis doctoral], Paris, Faculté de Lettres, Institut d'Etudes Hispaniques, 1967-1969; y para la última época del autor YAMILA AZIZE, «Elementalidad en *Animal de fondo*», *Anthropos*, 7, 1989, pp. 44-47.

¹⁶⁸ JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, *Sonetos espirituales*, en *Libros de poesía*, recopilación y prólogo de Agustín Caballero, Madrid, Aguilar, Biblioteca de Premios Nobel, 3ª edic., 1967, p. 19.

Chorreo luz: doro el lugar oscuro,
trasmino olor: la sombra huele a dios,
emano son: lo amplio es honda música,
filtro sabor: la mole bebe mi alma,
deleito el tacto de la soledad¹⁶⁹.

Y en la composición que lleva por título «Ser súbito», del mismo libro, la llegada de la luz lo ilumina y vivifica todo:

En la revuelta claridad dudosa
del alba (luna humana casi aún)
se derramó brillando
rojo rosa amarillo, agudamente
y en súbita cascada de fulgor
venido de su centro, el alto sur,
por el aire y la tierra,
no sé qué fuego o agua¹⁷⁰.

Y en uno de los retratos que el autor incluyó en *Españoles de tres mundos*, el dedicado a Concha Méndez, la protagonista vive una juventud entregada a la actividad y el deporte:

Pero cuando la volvemos a ver en casa, es la muchacha sin ir... Ahora está echada en la madreperla que se subió a su piso cuando fue buza, estática contra la ventana estrellada, mirando los paraísos de colores nocturnos que suman floras meteoros faunas accesibles por caminos de aire tierra fuego agua¹⁷¹.

Otro autor novecentista, Ramón Pérez de Ayala, organiza su proyecto lírico, que quedó inconcluso, en torno a los cuatro elementos y las cuatro etapas de la vida: la adolescencia y la tierra (*La paz del sendero*, 1903); la juventud, desglosada entre el agua del mar (*El sendero innumerable*, 1916) y la del río (*El sendero andante*, 1921), que une a la tierra con el mar y sirve de puente entre los dos poemarios anteriores; el fuego y la madurez (*El sendero ardiente*, publicado póstumamente, 1964); con el previsto y nunca nacido libro que el autor habría dedicado a la senectud y el aire, con el título de *El sendero de cristal*¹⁷². Y en la descripción de las fiestas de la noche de San

¹⁶⁹ *Ibid.*, p. 1140.

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 1148. En el poema «Renaceré yo», también perteneciente a *La estación total*, recreando el viejo tópico de Amor más poderoso que la muerte, Juan Ramón escribe: «Renaceré yo piedra, / y aún te amaré mujer a ti. / Renaceré yo viento, / y aún te amaré mujer a ti. / Renaceré yo ola, / y aún te amaré mujer a ti. / Renaceré yo fuego, / y aún te amaré mujer a ti. / Renaceré yo hombre, / y aún te amaré mujer a ti» (*ibid.*, p. 1195); y en «Sentido y elemento», igual que en «El otoñado», los cinco sentidos y las dos parejas de elementos, se combinan con disposición simétrica: «¡El sabor / de los aires con el sol! / ¡El frescor / de las piedras con el sol! / ¡El olor / de las olas con el sol! / ¡El color / de las llamas con el sol! / ¡El rumor / de las sangres con el sol!» (*ibid.*, p. 1198).

¹⁷¹ JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, *Españoles de tres mundos*, edic. de Ricardo Gullón, Madrid, Alianza Editorial, 1987, p. 132.

¹⁷² Véase VÍCTOR GARCÍA DE LA CONCHA, «Los sendero poéticos de Ramón Pérez de Ayala», *Archivum*, XX, 1970, pp. 5-404.

Juan, incluida en una de sus novelas, los elementos tienen un papel activo:

Aislados, cada mozo se unía con su moza. Manteníanse en pie, silenciosos, distanciados y cara a cara enganchadas las manos por el dedo meñique en guisa de anzuelo. Poco después, los contrarios elementos, tierra y aire, fuego y agua, se penetraban y trasfundían en amoroso consorcio; la tierra se evaporaba y el aire se adensaba; el fuego se atemperaba y el agua hervía [...].

Tigre Juan, mirando al mundo exterior, percibía que, involucrados unos en otros los elementos, el mundo se desintegraba y fluía, fluía, con fugitivas mudanzas, de tal suerte veloces que a Tigre Juan le causaba vértigo¹⁷³.

En fin, entre los poetas del grupo del 27, cabe recordar a Vicente Aleixandre, el poeta panteísta de la «pasión de la tierra», quien, en una de las composiciones de *La destrucción o el amor*, se siente partícipe de un impulso amoroso de dimensiones cósmicas en que, junto a la luz, toman parte «El mar, la tierra, el cielo, el fuego, el viento, / el mundo permanente en que vivimos»¹⁷⁴, y que en *Sombra del paraíso*, dentro de la sección titulada «Los inmortales», incluye sendos poemas dedicados a la tierra, el fuego, el aire, el mar¹⁷⁵.

A pesar del pecado, y de haber vivido olvidado de Dios, escribe Luis Cernuda, el hombre puede alcanzar la gracia y el perdón antes de unirse de nuevo con el cosmos, y así:

Este cuerpo que ya sus elementos restituye
Al agua, al aire, al fuego y a la tierra,
Puede la gracia sellarlo todavía con un beso¹⁷⁶.

En fin, también recordaremos la presencia de los elementos en este prodigio de concisión poética, del libro *Oscura noticia* de Dámaso Alonso:

Viento y agua muelen pan,
viento y agua.

Y la tierra pone el trigo
y el fuego dora la hornada.

Tierra, fuego,
viento y agua¹⁷⁷.

Junto a Cernuda, Alonso y Aleixandre, es inevitable citar en nuestro estudio, y en un

¹⁷³ RAMÓN PÉREZ DE AYALA, *El curandero de su honra*, edic. de Andrés Amorós, Madrid, Castalia, 1991, pp. 325-326.

¹⁷⁴ VICENTE ALEIXANDRE, «La luz», de *La destrucción o el amor*, edic. de José Luis Cano, Madrid, Castalia, 1993, p. 161.

¹⁷⁵ VICENTE ALEIXANDRE, *Sombra del paraíso*, edic. de Leopoldo de Luis, Madrid, Castalia, 1976, pp. 153-154.

¹⁷⁶ LUIS CERNUDA, «Apología pro vita sua», *La realidad y el deseo*, en *Poesía completa*, edic. de Derek Harris y Luis Maristany, Madrid, Siruela, 1993, p. 348.

¹⁷⁷ DÁMASO ALONSO, «Elemental», en *Oscura noticia. Hombre y Dios*, Madrid, Espasa-Calpe, 2ª edic., 1971, p. 71.

lugar preferente, a Federico García Lorca, quien, en las notas de una conferencia que debió de pronunciar en Nueva York y la Habana en 1930¹⁷⁸, ya observó cómo:

Los paisajes donde la poesía se mueve y transforma, fondos o primeros términos, están apoyados en los cuatro elementos de la naturaleza: agua, aire, tierra y fuego. De ellos parten infinitas escalas y gradaciones que llevan al número, a la luna, al cielo desierto o a la pura luz imaginada. Cuatro mundos distintos y enemigos. Cuatro estéticas acabadas, de belleza idéntica, pero de expresiones irreconciliables. Se puede agrupar a los poetas por el elemento natural que aman o prefieren, y se puede medir su valor por el dominio con que lo expresan o su capacidad respiratoria de buceadores. Poned en el circo donde se resuelven las cuestiones con la sangre o el espíritu a un elemento de la naturaleza y un poeta, y observad la dramática lucha de lo que no tiene medida dentro de lo humano y lo que es ritmo, límite, amor ceñido. El elemento tiende a borrar, a dormir, a engañar con fronteras que no posee. El poeta tiende a concentrar, a inventar, a imponer leyes imposibles que después serán las verdaderas cuando el elemento vencido lama sus manos con lengua de fuego, de aire, de agua o de roca¹⁷⁹.

Y en efecto, persuadido, como estaba, de que los elementos forman el subsuelo material de toda ensoñación poética, Federico fue consciente de que sus creaciones no podían escapar a esta regla universal, y para comprobarlo basta con acercarse a su obra, en la cual los elementos contribuyen a crear un lenguaje original y sugestivo, y a trazar un sendero misterioso, a medio camino entre la tierra y el agua, entre la brisa y la llama, a través del cual el hombre expresa desgarradamente su drama íntimo de amor, frustración y muerte¹⁸⁰.

Incluso en la canción popular, que a menudo sirvió de inspiración a los poetas de esta generación, y a García Lorca de forma muy especial, descubrimos la mención explícita de esos cuatro principios elementales, que sirven para ensalzar la energía del amor¹⁸¹, o para expresar, de acuerdo con una tradición ya centenaria, el profundo sufrimiento del amante desdeñado¹⁸².

¹⁷⁸ La conferencia, titulada «Escala del aire», fue dada a conocer por Christopher Maurer en *Poesía. Revista ilustrada de información poética*, 23-24, 1986, pp. 129-130.

¹⁷⁹ FEDERICO GARCÍA LORCA, *Obras completas*, edición de Miguel García-Posada, Galaxia de Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona, 1986-1987, 4 vols., vol. III, p. 1341.

¹⁸⁰ Véase, a propósito de todo ello, EGON HUBER, *García Lorca. Weltbild und metaphorische Darstellung*, München, Fink Verlag, 1967, pp. 44-80; JULIANNE BURTON, «Earth, Air, Fire and Water: Imagery and Symbols in the Tragedies of Federico García Lorca», *García Lorca Review*, 3, 1975, pp. 99-116; MANUEL ALVAR, «Los cuatro elementos en la obra de García Lorca», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 433-434, 1986, pp. 69-88; reeditado en *Símbolos y mitos*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Biblioteca de Filología Hispánica, 1990, pp. 185-213; JAVIER SALAZAR RINCÓN, «Por un anfibio sendero...». *Los espacios simbólicos de Federico García Lorca*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1998; y MARIA ALESSANDRA GIOVANNINI, «Ricorrenza e funzione dei quattro elementi cosmogonici nel *Primer Romancero gitano* di Federico García Lorca», *Annali dell'Institutio Universitario Orientale di Napoli. Sezione Romanza*, XLI n° 2, julio 1999, pp. 503-566.

¹⁸¹ «Los cuatro elementos juntos, / Agua, tierra, viento y fuego, / No podrán hacer que olvide / Lo mucho que yo te quiero» (FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN, *Cantos populares españoles*, Madrid, Atlas, s. f., 5 vols., vol. II, p. 417, n° 3022. El libro fue publicado originalmente por F. Álvarez y cía., Sevilla, 1882-1883, 5 vols.); «Yo te tengo de querer, / Aunque le pese a mi estrella; / Aunque contra mí se junten / Aire, fuego, mar y tierra» (*ibid.*, p. 419, n° 3033).

¹⁸² «De los cuatro elementos / Tres me acompañan: / Ardo, suspiro, lloro... / Tierra me falta» (*ibid.*, vol. III, p. 119, n° 4031).

Miguel Hernández, poeta de la tierra, del silbo y el viento, de caracolas y lluvias y de huracanes de lava, también puede ser, y ha sido, estudiado desde la perspectiva que proponemos en nuestro trabajo¹⁸³. Y, en fin, para concluir este apretado repaso, nos referiremos a dos de nuestro mejores poetas de posguerra: Blas de Otero, que incluyó en sus dos primeros libros numerosos poemas presididos por la búsqueda angustiosa de una divinidad que permanece escondida, imagina por un momento un mundo en «que Dios, el solo vivo, no existiera», que fuera únicamente materia, inasible y sin conciencia, «o que, existiendo, sólo consistiera / en tierra, en agua, en fuego, en sombra, en viento»¹⁸⁴; y en una de las composiciones de *Cuanto sé de mí* (1957), de José Hierro, un libro que supuso un hito en la superación de la poesía realista vigente en aquella década, la música transfiguradora que el hablante escucha, «No era la música divina / de las esferas. Era otra / humana», «música sin hora / y sin memoria»:

De tierra y aire y agua y fuego
y carne y sangre... Prodigiosa
como un presente eternamente
presente. Bebes gota a gota
las estrellas sonoras; sorbo
a sorbo, todo el dolor, toda
la vida, todo lo soñado:
el Universo¹⁸⁵.

¹⁸³ VICENTE FRANCO ARCHELECHES, «Los cuatro elementos en la poesía de Miguel Hernández», en JOSÉ CARLOS ROVIRA (ed.), *Miguel Hernández cincuenta años después. Actas del I Congreso Internacional. Alicante, Elche, Orihuela, 1992*, Alicante, Comisión del Homenaje a Miguel Hernández, 1993, 2 vols., vol. I, pp. 511-520.

¹⁸⁴ BLAS DE OTERO, *Ancia*, Madrid, Visor, 1971, p. 40.

¹⁸⁵ JOSÉ HIERRO, «Experiencia de sombra y música (Homenaje a Haendel)», *Cuanto sé de mí*, Madrid, La Palma, 1992, pp. 69-70.